

BIBLIOGRAFIA

Enquête sur le niveau de vie des populations rurales constantinoises de la conquête jusqu'en 1919. Essai d'histoire économique et sociale, por ANDRÉ NOUSCHI. Université de Tunis, Publications de la Faculté de Lettres, 4e série, 3e vol., Túnez, 1961. 767 p. y una carpeta de mapas y gráficos fuera de texto.

Más allá del ceo que la tesis que reseñamos haya suscitado en los países de Maghreb, recién independizados y, por lo mismo, más ansiosos que nunca por conocer su pasado, el libro del profesor de la Universidad de Túnez, interesa por su doble carácter ejemplar. Estudia, por un lado, un área reducida del mundo mediterráneo —la provincia oriental de Argelia: Constantina—, en un tiempo —casi un siglo—, durante el cual se quiebra, casi simultáneamente en toda la cuenca mediterránea, la estructura económica y social tradicional de aquel antiquísimo mundo, para dar lugar a una economía agraria de mercado y liberal con las alteraciones sociales consiguientes. Bajo este aspecto, el libro del Dr. Nouschi ilustra parte de un amplio proceso, por el momento aún mal conocido, lleno de matices diferenciales, de desfasamientos también, pero que no cuesta imaginar como unitario. Las divisiones políticas de la cuenca mediterránea, el hecho que en Argelia el cambio se haya efectuado bajo un régimen colonial, importan, pero no oscurecen las correlaciones posibles. Aquella coyuntura agraria del Constantinado, ¿acaso no reproduce idéntico movimiento de toda la cuenca con su sucesión de plagas, sequías, carestías y secuelas demográficas, ocurridas en fechas e intervalos parecidos? No deja de ser notable que, de este género de cuestiones, dispongamos de una visión de conjunto respecto de algún punto de la ribera meridional, más aislada y más atrasada, antes de contar con trabajos similares para los países de las penínsulas septentrional? Admirable, en efecto, es haber logrado recitar minuciosamente esta historia, mérito, sin duda, del estudioso inspirado en las preocupaciones agrarias y sociales y en las enseñanzas de un Marc Bloch a cuya memoria dedica el libro, pero suerte también de haber contado con la documentación precisa de una administración colonial que había transplantado normas metropolitanas. Al leer las cantidades de superficies cultivadas, de producción, de precios, de impuestos... asombra la abundancia y la continuidad de las mismas y se explica el abundante material gráfico con el que Nouschi justifica sus asertos. No cabe sino destacar aquel privilegio del que no siempre se dispone en casos análogos.

Si el libro de Nouschi cobra una particular dimensión al situarlo en su perspectiva mediterránea, no pierde por ello mérito su otra faceta: el ejemplo de estudio de un proceso colonizador. En sus páginas, la visión tajante —conquista militar o expropiación forzosa— se reviste de

matics; el proceso, del que no se excluye la violencia, ni tampoco las direcciones contradictorias, resulta más complejo y más lento: medidas legislativas, incluso las represivas, apoyo a la colonización, sistemas impositivos, así como el reordenamiento del régimen territorial sobre bases individualistas o la falta de respaldo económico y financiero del indígena en un sistema monetario y libre cambista, han sido medidas que la administración y los colonos supieron aprovechar para establecer su administración. Tanto las medidas expresas como las ventajas que les brindan los mecanismos económicos, viejos y nuevos, y que pauperizaron progresivamente al indígena, concurren abierta o sutilmente a la implantación europea. Del resultado, la imagen del *fellah*, reducido a peón, resulta de por sí bastante elocuente. ¿Modelo para una definición de la colonización decimonónica? El caso argelino es bastante singular; pero el libro de Nouschi abre, al menos, un amplio ventanal sobre este fenómeno.

Nicolás Sánchez-Albornoz

Une Croissance: La Basse-Provence Rurale (fin XVI^e siècle-1789). Essai d'économie historique statistique, por RENE BAEHREL. Paris, Ecole Pratique des hautes études, VI^e section. Collection Demographie et Sociétés. S. E. V. P. E. N., 1961. I vol. 842 p. (Apéndice con presentación crítica del material utilizado); Album, con 36 gráficos.

El estudio que el Prof. Baehrel ha realizado sobre la región francesa de Baja Provenza, durante los siglos XVII y XVIII (1594-1789) es, en cierta medida, el epílogo de una fecunda labor realizada en el campo de los estudios histórico-económicos, que tratan de dar a entender el proceso histórico en toda su complejidad, y en este caso en particular, en términos de crecimiento. Según el propio autor lo remarca, a menudo las preocupaciones del historiador coinciden con las del economista y en el estudio que nos ocupa, diríamos casi que las preocupaciones del uno son las del otro: tratar de separarlas equivaldría a no poder explicar el proceso.

Si bien es cierto que Baehrel aclara que la obra no pretende ser un "tratado de estadística" y que no aporta "recetas" nuevas, es también cierto que las cifras y su interpretación son la base de la mayor parte de este estudio; pero no es por cierto una estadística a base de cálculos sin fin la utilizada, sino una estadística gráfica comprensible de mejor manera para aquellos que se guían por un razonamiento lógico más que por complicado: cálculos.

La influencia braudeliana, por otra parte, se hace sentir a lo largo del estudio, pero tal vez tengamos que aclarar que no sea ésta la única, por cuanto otro tanto podríamos decir de la de L. Febvre, la de E. Labrousse, la de P. Vilar, la de G. Lefebvre, y ¿por qué no, la de F. Simiand? La extensa bibliografía que el autor cita y que —hay ocasión de comprobarlo en la obra— conoce a fondo, y la utilización que de ella hace, al aceptar o discutir puntos de vista de otros historiadores o

economistas —historia demográfica de familias; edad promedio al deceso, por ejemplo—, no lo han alejado de sus objetivos y por el contrario, le han servido para dar a su enfoque una perspectiva sumamente interesante. Tal vez sea esto —el carácter polémico de la obra— lo que constituya uno de sus rasgos más característicos; está dado precisamente por el enfoque original que el autor ha utilizado para muchos de sus criterios, avalados por largos años de análisis de los mismos, y que en último término no hace sino aguzar aún más la atención de quien esté interesado en este tipo de problemas.

¿Qué pretende Baehrel en este estudio? Describir un crecimiento, a escala regional. ¿Y por qué precisamente el de la zona de Baja Provenza? Tal vez porque —por lo menos demográfica o económicamente— esta zona funcione de manera particular dentro del conjunto u oponiéndose a otras, por ejemplo, a la de Alta Provenza. Lo cierto es que, no sólo la región ha sido bien elegida, sino también el período, del cual ha podido contar con una excelente documentación, la mayor parte de ella perteneciente a los Archivos comunales, departamentales, notariales y a registros parroquiales.

El ensayo ha sido dividido en tres partes y en cada una de ellas, Baehrel describirá, primero, los “síntomas” —existentes o no en algunos casos— de este crecimiento; luego dará la explicación (“diagnóstico”) de las causas y los efectos, y por último hará el estudio de ese crecimiento en sí mismo, es decir del funcionamiento de las distintas coyunturas en el proceso de cambio de las estructuras y de la relación del hecho social con ambas. Para partir en su estudio ha preferido elegir los movimientos largos de precios —ya que el crecimiento es un fenómeno de “larga duración”—, considerándolos como resultante entre la oferta y la demanda, en la esperanza —según lo aclara— de que ellos le conduzcan a los movimientos de esa oferta y demanda y tal vez a sus “distorsiones”. Hay que tener en cuenta que cuando Baehrel habla de “Períodos largos” se está refiriendo a los de treinta años aproximadamente (“periódicos”) y por analogía con la terminología empleada por F. Simiand, los denomina períodos “a” y “b” respectivamente. Estudiará primero entonces, el movimiento de los precios agrícolas —los movimientos largos y los cíclicos— para poder detectar a través de ellos ciertos “ritmos” —ya sean de alza o de baja— en el crecimiento. Del estudio de estos síntomas se deducirá que durante el S. XVII, los contactos de la zona con el exterior habrían sido limitados; en el S. XVIII la situación cambiaría: Provenza mira más hacia el mar; es decir, existirían dos tendencias del crecimiento, ascendentes las dos: la de una economía continental (S. XVII) y la de una economía marítima (S. XVIII). ¿Cuándo se operaría el paso de una a otra? aproximadamente —según Baehrel— entre 1690 y 1725.

Una vez detectados los síntomas, se pasa al estudio minucioso de las causas y efectos de este crecimiento. Analiza, pues, los cambios coyunturales y considera dos fuentes importantes en el proceso, dada la zona y el tiempo: la tierra y el ganado. ¿Cuál fue el volumen de la producción y cuáles sus fluctuaciones? También aquí se darán movimientos largos y ciclos, para cada uno de los productos analizados. Todos en su conjunto, pueden ayudar a comprender mejor cuál ha sido la tendencia en esta curva de crecimiento. Así, poco a poco, el modelo esbozado al comienzo, termina por complicarse. De todas maneras, algo queda claro hasta ahora: crecimiento más o menos acelerado de la producción en el S. XVII; luego estancamiento; sin embargo, la demanda crece. ¿A qué

se debe esto? Ahora bien, si la demanda parece ser más fuerte que la oferta, sino pudiera pensarse que esto se dé no por disminución de la oferta, sino por un aumento correlativo de la demanda, es decir del número de hombres. Es evidente que aquí también se ha dado crecimiento —por lo menos, como ya dijimos, el crecimiento demográfico de Baja Provenza prosigue en los S. XVII y XVIII a un ritmo bastante acelerado, mientras que en la zona de Alta Provenza queda casi estacionario y al nivel de los siglos anteriores. Lo cierto es que parecería existir, entonces, una cierta “solidaridad de los crecimientos”. El crecimiento económico, por otra parte, frena o incide de alguna manera en el demográfico; los movimientos de ascenso y descenso de precios inciden sobre la población y es necesario una cierta adaptación de las curvas.

Y por último, el estudio de la demanda que condujo primero al estudio de la población, le lleva a indagar ahora, por la suerte del ahorro global. Ya que todo está imbricado en este proceso, cabe preguntarse, ¿Cómo se distribuyeron las rentas?, ¿influyó esto en el comportamiento de la economía de la región o en la población?. Ya que estos procesos no se han dado aislados, sino en un contexto social dado, bien marcado. ¿Cuál es la estructura de la región en los S. XVII y XVIII?. ¿Cuál ha sido la función que cumplieron cada una de las capas de la sociedad? ¿Eran permeables al cambio?. De este análisis surgirá la aseveración de que las modificaciones que en ellas se dieron y que afectaban a una determinada capa, no lo hacían operando en detrimento de las otras; si existió enriquecimiento, fue general; si por momento hubo empobrecimiento, éste se dio para todos al mismo tiempo; lo que sí es cierto es que no se dio al mismo ritmo; es decir, el crecimiento no se hizo igual ni homogéneo para todos los sectores; pero esto no quiere significar que aunque a ritmos diferentes, éste no haya sido una realidad.

O sea, que el estudio de las coyunturas —movimientos de los precios, de la producción, de la población, de las rentas— que han llevado al de las estructuras —geográficas, económicas, sociales, mentales e institucionales— han determinado tres periodos para la región: el de la “madurez” (hasta 1690); el de la “senectud” (1690-1730) y el de la “juventud” (1730-1790). La curva de crecimiento de Baja Provenza, ¿sería, pues, logística?. Sin duda, pero, ¿importa esto?. Aunque con ritmos diferentes y con un período de cierto estancamiento, el crecimiento existió sin lugar a dudas; y muy por el contrario a lo que casi siempre se ha pensado al respecto, fue en el S. XVII en donde alcanzó mayor vigor.

La minuciosidad de datos, cifras y citas con que Baehrel ha encarado este estudio de economía histórica pueden llegar, tal vez, a cansar a quien pretenda tener una visión inmediata de la situación estudiada e incluso obligan a una máxima atención a fin de no perder la ilación del trabajo, pero llegará sin duda a apasionar a los estudiosos de estos problemas que podrán discutir tal vez muchos de los criterios empleados por el autor —precios nominales en lugar de precios metálicos, crecimiento demográfico con acento sobre la fecundidad y la nupcialidad y no sobre la mortalidad; elección de una muestra como medio de explicar, por analogía, todo un conjunto —por no nombrar sino algunos de los más importantes, pero que no dejarán de reconocer el alto grado de beneficio que reporta al campo de los estudios de economía histórica.

La Economía Argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales, por ALDO FERRER. México, Edic. Fondo de Cultura Económica 1963. 266 p.

Es evidente la necesidad de una concepción global del proceso económico como punto de partida para enfoques posteriores, parciales o generales, de los problemas de desarrollo en la República Argentina.

Teniendo en cuenta el grado de interés que han despertado las situaciones sociales y económicas por las que viene atravesando el país, los planteos, búsquedas e intentos de soluciones son elementos de juicio por los que se puede afirmar la honda preocupación existente para llegar, de alguna forma, a dilucidar el problema de crecimiento.

Estos planteos, búsquedas e intentos de soluciones, los encontramos reunidos en un todo homogéneo en el trabajo de Ferrer al tratar la situación de la economía argentina a través de sus etapas de desarrollo.

Decimos en un todo homogéneo, porque si tratáramos de dividir el trabajo de manera que cada etapa correspondiera a cada uno de los tres enfoques citados anteriormente, llegaríamos a la conclusión de que solamente la parte quinta del libro, referida a las condiciones de la economía industrial integrada, se relacionaría con el aspecto de intentos de soluciones, y aún así, no podríamos darlo como caso específico, por encontrarse inserto este problema a lo largo de los capítulos anteriores.

Desde luego Ferrer da forma a su estudio basándose en un sentido cronológico que facilita la visualización del proceso, al mismo tiempo que lo afirma utilizando la demarcación de las etapas argentinas. En relación con esto debemos hacer notar que, haciendo abstracción de la división formal en cinco partes, en las que se encuentra estructurado el libro, podríamos considerar el enfoque puntualizando dos aspectos fundamentales: la situación argentina antes y después del treinta.

En esa Argentina de antes, el interpretacionismo económico desfigura un tanto la realidad histórica. Por supuesto no podemos pretender un análisis histórico profundo, teniendo en cuenta que para este período existe una serie de documentación virgen que recién está siendo investigada en estos momentos; pero no obstante este problema no está suplido en Ferrer con una bibliografía lo suficientemente actualizada como para poder orientar con mayor efectividad hacia una comprensión estructural más amplia. Además la importancia dada a la estructura económica, hace empalidecer la representación de otras estructuras, impidiendo la estrecha interrelación de todas ellas, que es fundamental para la explicación de cualquier proceso de desarrollo.

Debemos destacar especialmente el interés de esta obra en tanto el autor integra el problema de crecimiento dentro de los movimientos del mercado internacional, a la vez que proporciona la visión de un ajuste entre nuestros problemas estructurales y los cambios en la economía mundial.

Evidentemente esta concepción es básica para la comprensión general del proceso, pero debemos tener en cuenta que para que esta comprensión general sea totalizada hay que recurrir a una serie de condicionantes propias de nuestro país, sobre todo en lo referente a los aspectos políticos, sociales y culturales que podrían completar y aclarar el panorama.

Como consecuencia de la falta de estos aspectos se pierde también un

tanto la integración de nuestros problemas de desarrollo en el contexto del planteo latinoamericano, pues, aunque bien es cierto que en lo que se refiere a la estructura económica, la Argentina se encuentra a un nivel distinto en relación a otros países de América Latina, en lo referente a los procesos políticos y sociales no podemos dejar de ver los reflejos de una estrecha coincidencia.

Las objeciones que hemos expuesto, no van en detrimento del intento de Ferrer al realizar su trabajo, pues, como dijimos en un primer momento, este tipo de estudios es necesario como concepción global, y los reparos anotados no son nada más que toques de atención para hacer ver la necesidad inminente de una relación interdisciplinaria que cubra todo el complejo estructural facilitando la comprensión de los problemas de crecimiento.

María del Pilar Chao

Amerique Latine. Structures sociales et Institutions politiques, por JACQUES LAMBERT. Paris, Presses Universitaires de France, 1963.

Jacques Lambert, profesor en la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas de Lyon, es el autor de este manual, estudio de carácter general sobre las estructuras sociales e instituciones políticas de América Latina, obra que debe tenerse en cuenta para una mejor comprensión de los problemas latinoamericanos.

El objeto del libro es explicar la estructura institucional o política-jurídica en vigor; para llegar a estas manifestaciones del fenómeno total considera necesario basarse en el análisis de las estructuras sociales; por consiguiente las estudiará en la primera de las cuatro partes de que consta el volumen. Coteja los mecanismos sociales para ir a las formas institucionales, proyectando las diversidades de cada una de las repúblicas integrantes de la comunidad de pueblos latinoamericanos. Bien informado, utiliza multitud de datos históricos. Pero lo importante es su interpretación, desde el punto de vista social-institucional, de una realidad histórica: América Latina. Su planteamiento, por otra parte, es perfectamente legítimo y nos brinda una exposición clara, sin apreciaciones subjetivas, presentando abundante y actualizada bibliografía.

Con la introducción, donde trata a grandes rasgos el proceso de desarrollo de Latinoamérica desde el descubrimiento hasta la actualidad, su posición en el mundo como tercer elemento dentro del juego de las dos grandes potencias, nos aproxima a los temas principales, que son: las características generales de la estructura social, trazando una tipología en función del nivel de desarrollo alcanzado, analizando el proceso de la Independencia que califica de puramente político, estudiando el problema de la tierra, y la vida política de América Latina independiente, con las contradicciones que se manifiestan, las fuerzas, partidos e instituciones. Su marco temporal se extiende, en la búsqueda de causas, desde el descubrimiento hasta la actualidad, pero se centra en América Latina contemporánea.

Teniendo en cuenta que América Latina es en extremo compleja y que es muy diverso el nivel histórico en que sus países se encuentran,

pero que no obstante, al mismo tiempo, ofrece la homogeneidad suficiente para que ciertos "tipos" de estructura —los más decisivos— valgan dentro de límites bastantes amplios, Lambert aplica en su estudio la clasificación de las estructuras sociales hecha en un interesante trabajo anterior⁽¹⁾. Sus tipos de estructura social del sistema capitalista son las siguientes:

1) Arcaicas, que engloban dos clases muy diferenciadas y muy desigualmente numerosas: la masa, que obtiene de la agricultura, por medio de técnicas arcaicas, un nivel de vida muy bajo, y la clase dirigente de los propietarios de tierras, que ejerce todavía un verdadero "patronazgo", ocupándose de las relaciones entre la masa inculta y el gobierno. A esta estructura corresponde una especie de capitalismo feudal.

2) Evolucionadas, que se encuentran poco jerarquizadas y muy complejas, engloban a una clase media numerosa que impone al conjunto su conducta y su sistema de valores. Entre el individuo y el Estado se interponen no ya el patrono, sino las agrupaciones profesionales. Existe una hipertrofia del sector terciario. Se trata entonces de un capitalismo con base igualitaria y democrática.

3) Transicionales, que caracterizan a los países en vía de industrialización y en los que existe divorcio entre una sociedad urbana evolucionada, pero poco numerosa y una sociedad rural arcaica numerosa, siendo este divorcio una fuente de inestabilidad política.

Interpreta entonces el término estructuras sociales en un sentido amplio, englobando varios tipos; sería como un régimen económico, un sistema de estratificación social y un conjunto de valores sociales de los que las instituciones son una cristalización.

Considera indispensable establecer una tipología de las veinte naciones latinoamericanas, clasificándolas en cuatro grupos: países relativamente desarrollados, países desigualmente desarrollados, países subdesarrollados y situaciones aberrantes (Cuba, Costa Rica, Panamá); según que predomine una estructura social evolucionada de tipo nacional, una estructura dualista, una estructura social arcaica de pequeñas comunidades cerradas y los últimos que escapan a todo agrupamiento. La validez depende de que manifiesta tanto las diferencias como las semejanzas. De antemano nos aclara que está limitada al objeto político de su estudio. Sin embargo, aunque resignándonos a la inevitable parte de arbitrariedad que implica toda generalización, no podemos dejar de destacar que uno de los rasgos más importantes del fenómeno de desarrollo es su complejidad, su combinación nada rígida de elementos y factores diversos siendo el encargado de reagrupar todos los factores de crecimiento, tanto económicos, como sociales y culturales, el análisis histórico. A Lambert, en cierta medida, le falta fundir en su teoría fuerzas "no económicas", factores que no son susceptibles de ser definidos matemáticamente, ni siquiera para fines conjeturales; ha limitado el número de variables en vez de apoyarse en proposiciones amplias con componentes inestables para lograr una aproximación histórica al problema de desarrollo. Hay, además, una confusión de términos, en el mapa de América Latina emplea "pays déjà développés", en el cuadro "pays relativement développés" y en el texto va de una a otra significación.

De acuerdo con este planteo, Argentina y Uruguay entran dentro del tipo de estructura social evolucionada homogénea, presentando actual-

(1) *Structures sociales et régimes politiques*, en *Revue française de Science politique*. Octubre-Diciembre 1951.

mente su estado social las características que los teóricos norteamericanos califican de madurez. ¿Hasta qué punto Argentina ha cubierto las etapas previas de un complejo desarrollo? Consideramos que estos países son modernizados pero insuficientemente desarrollados y que precedieron a los demás en el proceso de transformación de la sociedad tradicional y su reemplazo por una estructura de tipo industrial-urbano. Debemos señalar que la mayoría de los índices de crecimiento, analizados también por Lambert pero con los que arriba a la conclusión ya expuesta, los colocan en una situación intermedia comparativamente entre los países que recién están iniciando el proceso de los que ya se clasifican entre las naciones desarrolladas. Situación intermedia que se refleja en el desigual desarrollo presentado por las diferentes regiones, zonas atrasadas a las que Lambert quita el papel que les corresponde en el conjunto nacional. Esta asincronía de desarrollo se va a manifestar también en los otros niveles: entre diferentes grupos sociales o entre conjuntos de actitudes e ideologías.

Chile es, en esta tipología, un país relativamente desarrollado y un caso particular porque persisten rasgos de dualismo social. Deja de lado, en su consideración del problema, una importante característica del subdesarrollo: la situación de subordinación económica de los países no-desarrollados con respecto a los desarrollados, agravada por el hecho de que la producción vendible y exportable de aquéllos se ha visto restringida a un pequeño número de productos, en Chile el caso del cobre, de esta influencia externa deriva fundamentalmente la conformación dualista de las estructuras que están constituidas en función de ella.

A los países de estructura social arcaica dominante (Perú, Ecuador, Bolivia, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Paraguay) los estudia sobre todo desde el punto de vista de su composición étnica y del grado de pobreza alcanzado en todos sus órdenes. Por último, los que sufren actualmente la transformación más rápida que son los desigualmente desarrollados de estructura social dualista (Brasil, México, Venezuela, Colombia).

Para una mejor comprensión del impacto que los métodos colonizadores de España e Inglaterra ejercieron en la vida independiente de ambas Américas, compara ambos porque las diferencias en instituciones, objetivos y elementos humanos han sido determinantes para provocar la oposición existente entre los dos tipos de democracia. Aprecia el movimiento de la Independencia en su conjunto queriendo destacar que ha sido una independencia sin descolonización, manteniendo o empeorando la situación del indígena falto de apoyo de una legislación protectora. Establece las numerosas y variadas supervivencias del régimen colonial, sus manifestaciones actuales, para abordar el problema de la propiedad de la tierra. La tenencia de la tierra no es la única causa del retardo de desarrollo de América Latina, pero sus efectos son múltiples y le proporciona un marco cómodo para analizar los distintos factores de paralización evolutiva. Es lógico que así lo plantee pues de todos los grandes problemas que confrontamos ninguno sobrepasa a éste en magnitud ni en explosividad social y política.

Se refiere primero al problema del latifundio, empleando este término en el sentido técnico dado por el Seminario Latino-Americano reunido en Brasil en 1953 sobre "Problemas de Tenencia y Uso de la Tierra", es decir "grandes dominios trabajados por métodos arcaicos y parcialmente explotados" pero no aplica la definición en toda la extensión en que fue considerada. Distingue Lambert, dentro de la gran propiedad,

los latifundios arcaicos y las plantaciones modernas; éstas son grandes dominios cuya productividad es grande, con salarios que pueden ser razonables y con ingresos elevados para sus propietarios, serían las fazendas las explotaciones fruteras de la United Fruit Co., por ejemplo. Son las que llaman la atención porque los latifundios se disimulan en una sociedad arcaica que todos prefieren olvidar. La diferencia esencial entre el latifundio y la propiedad moderna es, para Lambert, el régimen de salarios. A nuestro entender, no se puede excluir una de las características del latifundio, la inequitativa distribución de los ingresos entre los diversos sujetos que participan en el proceso productivo, sean estos trabajadores asalariados o bien usuarios de la tierra, o paguen rentas en dinero o en especies.

Analiza la difusión del latifundio, utilizando datos extraídos de diversas fuentes, su formación histórica, la encomienda como causal, los efectos sociales y económicos y la rigidez de las estructuras modeladas por el gran dominio. En su dimensión política, Lambert le da al problema rural su real magnitud, no ignora el estancamiento social del campo y la marginalidad campesina ya que plantea que si bien América Latina es todavía esencialmente rural, solamente las poblaciones urbanas, salvo raras excepciones, están adaptadas a las estructuras políticas y sociales nuevas, y que si por un lado los gobiernos bien intencionados respetan las formas y el espíritu de la democracia representativa, por otro son relativamente poco sensibles a las reivindicaciones de las masas rurales. La sociedad rural desorganizada se encuentra en una fase de transición donde el repliegue en la política de las fuerzas anacrónicas del caciquismo, la dejó sin representación eficaz en una política nacional que dominan las minorías urbanas. Ahora, las reivindicaciones de carácter rural tienden a multiplicarse y no es por influencia del comunismo. La impotencia de la democracia representativa, que Lambert señala, para hacer un justo lugar a los agricultores en Latinoamérica ofrece una ocasión favorable para transformar las revueltas campesinas en revueltas sociales generales. Esta exposición toca significativamente en lo profundo con el planteamiento de la urgencia de las reformas agrarias desde el punto de vista social y político más que desde el económico.

Casi todos los análisis concernientes al crecimiento ponen en evidencia no armonías sino contradicciones. Mirar "crecer" o "decrecer" un grupo es comprobar también que está agitado por movimientos internos y enfrentado a pruebas externas que son a su vez signo, consecuencia y factores del proceso observado. Por consiguiente, en la segunda parte encara las contradicciones entre las ideologías políticas avanzadas y las estructuras sociales atrasadas y los efectos de las contradicciones de la vida política en la sociedad dualista. Sólo en los países más avanzados de América Latina se han comenzado a establecer las armonías necesarias para que las instituciones democráticas puedan funcionar regularmente. Las contradicciones hacen que las instituciones de la democracia representativa, necesarias para uno de los dos polos sociales en que se dividen en su mayoría los países latinoamericanos, se vuelven incomprensibles para el otro. El resultado es que la acción de los gobiernos aparece ineficaz a unos, injusta a otros y la legalidad no puede parecer respetable ni a unos ni a otros, la revolución y el golpe de Estado aparecen como los medios necesarios de la acción política.

Estudia luego las fuerzas políticas. Sigue el orden temporal de aparición tratando primero las dominantes en el pasado, que perduran con distintas modalidades, caciquismo y caudillismo a las que califica de

prenacionales. Hace una distinción lógica entre ambos términos, siendo el caudillismo dictadura de un cacique más fuerte que comienza a someter a una disciplina nacional a los caciques, a su entender es un instrumento brutal pero necesario. Marca ordenadamente las características y las profundas consecuencias que estas formas de dominación han tenido en la evolución de la vida constitucional latinoamericana. Su posición es el reconocimiento del papel necesario asumido por los caudillos en la construcción de las naciones. Lambert expresa que el caudillismo es necesario para la unidad de las repúblicas sobre todo después de las luchas por la Independencia cuando las fuerzas anárquicas son las predominantes; así considera a Rosas. Es decir, que estos regímenes serían la solución adecuada y realista, estando ligadas sus causas más profundas a nuestra evolución histórica. Este problema de la necesidad o no de dictaduras, sean de un tipo o de otro, en una época u otra, aparece frecuentemente en la literatura política y jurídica de América Latina y encontramos apologistas y detractores de su práctica. Preguntamos, ¿no es todo un círculo vicioso en que las necesidades y circunstancias imperantes imponen un gobierno dictatorial y éste a su vez es reclamado por aquéllas? Y al final ¿se logra una modificación sustancial del estado de cosas?

Dedica un capítulo a la fuerza política de las clases medias, encaran-do sobre todo los movimientos estudiantiles y las intervenciones militares. Trata su formación como un conjunto muy diversificado para que pueda atribuírsele una actitud política común afirmando que constituyen un factor de inestabilidad política. Es una opinión divergente a la manifestada por John J. Johnson que a más de evitar la denominación de capas o clases medias, los estudia a estos sectores como resultado de un proceso histórico desplegado en Argentina, Brasil, México, Chile y Uruguay, o sea, en los países de más significación y donde los sectores medios fueron capaces de atesorar un importante acervo de experiencias políticas, siendo lo más probable que en el futuro aumenten su influencia económica, social y política. En esta visión promisoría de Johnson se destaca especialmente la capacidad adquirida por estos sectores medios para llegar al compromiso político que los hacen ir cumpliendo con su destino de factores de estabilización y armonía (*). Faltaría presentar en el libro que estamos considerando, una imagen más completa de acuerdo con el papel actual de las clases medias.

Se basa en el tema de las intervenciones militares fundamentalmente en la obra de Edwin Lieuwen (?). Analiza las modalidades, el sentido, los efectos, las ve propensas a acelerar la evolución social y estudia el movimiento pendular oscilante de derecha a izquierda, presentando un cuadro de las principales intervenciones militares de 1930 a 1962 acotando la tendencia de cada una, derecha, izquierda, personal, izquierda fascista, liberalismo conservador, interés profesional, sin significación, liberalismo político; este encuadre sólo se le puede considerar válido como demostración del movimiento pendular pues cada intervención, aisladamente puede ser clasificada de muy distinta manera.

En la última parte, se propone reseñar las instituciones políticas en vigor; son los capítulos más logrados. Intercala algunos cuadros explica-

(*) JOHNSON, John J., *La transformación política de América Latina. Surgimiento de los sectores medios*. Librería Hachette S. A. Buenos Aires, 1961.

(?) LIEUWEN, Edwin, *Armas y política en América Latina*. Ed. Sur. Buenos Aires, 1960.

tivos, bien realizados, de inmediata captación. Señala los rasgos principales que se desprenden de la experiencia política de América Latina. Analiza las grandes oposiciones partidarias, federalismo y unitarismo, liberalismo y conservadorismo, haciendo rápida mención de las principales y contradictorias experiencias políticas que se sucedieron. Expresa que las controversias de los primeros tiempos sobre los respectivos méritos de una preponderancia ejecutiva, de una preponderancia legislativa o de un verdadero equilibrio de poderes, se ha resuelto, en general, para Latinoamérica, a favor de un régimen presidencial imitación en parte de los Estados Unidos, pero acordándole poderes más amplios y grandes. Debemos mencionar que Lambert es un profundo conocedor de las instituciones políticas de los Estados Unidos, lo que le permite establecer una continua comparación. Algunos autores sostienen que el régimen latinoamericano de "preponderancia presidencial" no previene ni los golpes de Estado ni las dictaduras; contesta Lambert que es absurdo buscar la causa de la dictadura en los mayores poderes acordados al presidente; ella se encuentra en el retardo de la estructura social, en la desorganización de la vida política. Partiendo de que las instituciones políticas de los países en vía de desarrollo no pueden ser juzgados con el mismo criterio que las de los países desarrollados, hace un completo estudio de la declaración de derechos y protección jurídica. Para el autor es completamente inexacta la afirmación que las garantías constitucionales son ilusorias y que el acrecimiento de los latinoamericanos a la libertad es más teórico que real y por consiguiente el error reside en generalizar para todos lo que sucede para una nación, siendo la causa más importante del debilitamiento de las garantías, la existencia, excepto en Argentina, Uruguay y Costa Rica, del dualismo social que deja una parte de la población fuera de la protección del gobierno. Concluye que la obstinación en la búsqueda de la democracia política y de un máximo de liberalismo en la planificación del desarrollo es la verdadera característica política de la mayor parte de Latinoamérica. Y es en vano esperar que instituciones democráticas puedan funcionar armoniosamente en sociedades organizadas no democráticamente. En tanto que la contradicción no sea resuelta, es inevitable que la vida política de América Latina se verá sin cesar perturbada. Cree que lo será más fácilmente por la regresión de las instituciones más avanzadas que por la integración rápida de las masas atrasadas. El problema que se presenta ante las contradicciones es el saber hasta qué punto y de qué modo podrán ser superadas.

El profesor Jacques Lambert ha englobado en este libro, la sociología y la política en el campo amplio y acogedor de la historia enriqueciéndola con sus variadas perspectivas.

Nidia Arecos.

El sistema político argentino y la clase obrera, por TORCUATO S. DI TELLA. Buenos Aires, Eudeba, 1964.

El Sistema Político Argentino y la Clase Obrera, constituye una eficaz respuesta a la necesidad de abordar con rigurosidad científica, problemas que rara vez reciben en nuestro medio un tratamiento adecuado.

En este libro, Di Tella procura manifestar, explícitamente, las interrelaciones observables entre una clase social determinada, en este caso la clase obrera, y los mecanismos institucionales que rigen la vida política del país. Su enfoque parte de una caracterización general del estrato en cuestión, tal como se da en nuestro país. Dicha caracterización tiende a combinar los atributos del sector de origen rural de la mayoría de la población obrera en donde "difícilmente se desarrolla una conciencia autónoma" con el rasgo de falta de homogeneidad de esta clase, circunscripta al medio urbano industrial. El núcleo del planteamiento radica en la evolución sufrida por las asociaciones voluntarias, elementos que juegan como instituciones intermedias y cuya existencia contribuye al proceso de socialización política y posibilita la participación consciente en la vida institucional.

En la primera parte del libro, que llega hasta el capítulo VII, Torcuato Di Tella procura situar en un modelo ideal el proceso histórico que tiene sus raíces en un polo tradicional rural y que está desembocando actualmente en el extremo correspondiente a una estructura social moderna y urbana, uno de cuyos rasgos fundamentales está señalado por la burocratización. A medida que avanzamos en la lectura de estos capítulos, confluyen los hitos, sino más importantes, por lo menos más visualizables de esta transformación estructural. La necesidad de adecuar el proceso histórico real al modelo teórico utilizado, si bien colabora didácticamente en la comprensión sincrética de los puntos indicados, le resta simultáneamente, profundidad a los planteos, reducidos en ocasiones a un contexto demasiado esquemático, y aun inconcluso, como por ejemplo, cuando se enumeran las diferencias entre los rasgos del hombre rural de la zona pampeana y los del hombre rural del norte del país, cuyas características no son consideradas ni tampoco sugeridas.

El eje central que sostiene la descripción antedicha está representado por las modificaciones asumidas por el tipo de participación, a partir de las habituales formas de interacción en el medio rural, donde predominan pautas polares, contrastantes ("buenos y malos; leales y traidores"), que llegan a internalizarse con una intensidad tal, que luego son reencontradas en el comportamiento frecuente del medio urbano.

Este pasaje de formas de comportamiento rural a formas de comportamiento urbano está tratado muy comprensivamente en el capítulo III, donde asistimos en cierta medida a este segundo estadio en la evolución de la participación, tipificado en primer lugar por la aparición de líderes (fuente del "espontaneísmo obrero"), que concentran en su persona los contactos potenciales implicados en los rasgos generales del medio urbano. El autor se siente tentado de atribuir un rol importante a la "barra", como organismo engendrador de la socialización política, que posteriormente es reemplazado por el "comité", institución con mayor grado de especialización en lo que se refiere a la finalidad y al aparato formal. Este planteo hecho con acertado aprovechamiento conceptual, queda sin embargo un tanto aislado del proceso de integración de la población obrera a través del sindicato, determinante básico de la incorporación política de la clase.

El capítulo siguiente retoma este aspecto, a través de la descripción del estrato superior obrero. En él se procura demostrar cómo y por qué los niveles dirigentes guardan una distancia social cada vez más aguda con el endogrupo del cual han surgido. Esta distancia producida por la adquisición admitida de valores y aspiraciones propios del estrato superordenado, esto es la clase media, se revierte a su vez, en un aumento de la dificultad de comunicación con los comiembros.

La segunda parte del libro está dedicada a analizar hasta donde sea permisible la objetividad, los factores estructurales que actúan en relación al proceso de politización. Como ya lo reconoce el autor en la *Introducción*, es un espinoso tema de estudio, por el peligro que entraña la posibilidad de introducir involuntariamente factores subjetivos en el análisis.

El período peronista, tramo más difícil del análisis, es estudiado en primer lugar en lo que se refiere a su significado estructural, es decir, el traslado del poder de un grupo representante de la oligarquía tradicional agropecuaria, a un grupo de "hombres nuevos, con una posición bastante alta en el espacio social", cuyos intereses económicos sufrían un tremendo riesgo en ese momento, haciendo peligrar no sólo dichos intereses, sino también la posición social. Di Tella explica la perduración del peronismo, en lo que se relaciona a este aspecto, "por la vinculación que hubo entre los intereses del militarismo hegemónico y expansionista y los de este grupo industrial que necesitaba protección aduanera como cuestión de vida o muerte".

Tal explicación nos lleva forzosamente a conferir un papel preponderante al fenómeno del peronismo en la etapa transicional de la estructura de nuestro país. La asunción del poder, tanto del expreso y sancionado, como del que funcionaba a través de los grupos de presión, por parte de estos grupos subordinados, facilitó como quiera que fuere el crecimiento industrial.

Una vez reseñado el impacto peronista en el sistema, el autor pasa a describirlo en relación a las consecuencias sobre la clase obrera, donde lo más interesante del planteo está dado por la introducción del concepto de *espontaneísmo obrero*, que tiende a explicar globalmente "una serie de fenómenos vinculados entre sí" y que no puede ser estudiado dentro de la "actividad *organizada*, autónoma que implica una serie de complejas interrelaciones y la existencia de dirigentes con perspectivas a largo plazo". Di Tella define a este otro tipo de actividad y de pensamiento como "más inmediatista, busca efectos y resultados más tangibles y rápidos, tiende a creer que la realidad social puede describirse en forma sencilla y a asignar los males imperantes a la acción de grupos concretos humanos muy claramente definidos: los capitalistas, el imperialismo, los militares, la iglesia, la aristocracia, los "burócratas sindicales", etc. Cree en el "militante medio", desconfía del líder y se caracteriza por su tensión emocional, su antagonismo *personal* contra los detentadores del poder, y por la confianza en los métodos violentos de acción directa".

Este atributo de la clase obrera —Di Tella advierte que no es característica mayoritaria— surge en períodos de crisis y puede ser calificado como una enajenación personal y una adhesión a líderes ocasionales.

Tanto en la primera parte como en los capítulos destinados a describir la estructura social de nuestro país (con abundante utilización de material comparativo) y las alternativas presentadas por ella para el logro de la incorporación de los estratos populares a la vida política, se advierte una toma de posición personal ante el hecho político que deviene expresa al final del libro. La posibilidad de integración al sistema político institucional significa sin duda, un previo convencimiento personal, no sólo de la perduración del sistema, sino también de su eficacia intrínseca.

Tal posición es indudablemente una solución optimista para aquellos que temen un desborde "extremista que provenga de las capas popula-

res, y al mismo tiempo, trasunta una percepción realista que debiera ser consultada, aunque no compartida necesariamente, por ciertos sectores intelectuales de izquierda. En este sentido es bastante demostrativa la crítica hecha por Di Tella en ocasión del comentario sobre el fracaso de las agrupaciones socialistas como centros de nucleamiento de la participación política obrera. "La característica *ideológica* del movimiento socialista en la Argentina le ha hecho siempre difícil adecuarse a lo que es la clase obrera en la realidad nacional del momento, con su correspondiente grado de evolución mental y organizativa".

El acertado análisis que realiza Di Tella del pasado socialista, lamentablemente no llega a completarse con una visión dinámica de la situación actual de nuestros intelectuales. En cierta medida, un enfoque de este tipo significaría a la vez un compromiso de definición y una autocritica inevitable por el papel que a todos y a cada uno nos cabe en este aspecto. Además de apasionante, hubiera sido enorme su importancia para un esclarecimiento del alcance de la influencia de la "intelligentsia" nacional no sólo en el ámbito del poder sino como líderes canalizadores del pensamiento obrero en un movimiento real. Hubiera sido deseable explicitar la semejanza de razones que se dan entre el estrato alto obrero (aislado del endogrupo) que ocupa posiciones muy alejadas en el espacio social de sus representados y la *élite* intelectual, cuya identificación con la clase obrera es una identificación aprendida y no compartida. Di Tella, en alguna forma explica esta escisión de ambas perspectivas (obrero e intelectual) por la situación particular que se da en los grupos intelectuales de un país periférico. "Las *élites* ilustradas de cualquier clase social tienden a creer que la situación les es más propicia que lo que la realidad local lo justifica. Efectivamente, como esas élites están influidas por los ejemplos y realizaciones que ven en los países centrales, tienden a creer que existen fuerzas de tipo casi automático que van a hacer que en nuestro medio también se reproduzcan esos procesos de progreso y cambio social". Creo que a esta suposición, debe agregarse la acción del factor clase como condicionador de la conducta de los intelectuales.

La intención confesada por el autor al comienzo del trabajo, acerca de la necesidad de una aproximación científica al problema, finalmente es lograda, y aunque como ya lo adelantáramos es totalmente compartido este deseo de seriedad, en determinados momentos tal seriedad resulta un elemento negativo, en el sentido de que la comprensión integral y dinámica del tema queda restringida por ese continuo aferrarse a la explicación teórica.

Salvando estas consideraciones y el hecho de que no opinemos igual acerca de las soluciones alternativas que presenta para el problema, debemos reconocer en *El sistema político argentino y la clase obrera* un ponderable esfuerzo en procura del esclarecimiento de problemas atinentes a la sociología política.

Elida Sonzogni

Narradores de esta América, por EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL.
Montevideo, Editorial Alfa, 1946. 195 p.

Bajo el título de "Narradores de esta América" agrupa Monegal una serie de ensayos circunstanciales escritos entre 1951 y 1961; dichos ensa-

yos van precedidos de una visión panorámica de las tendencias de la narrativa americana contemporánea.

Monegal no cree en la eficacia de la dicotomía: narrativa universal, cosmopolita y narrativa regionalista, nacional y propone suplantarla por otra resuelta en la oposición realista-fantástica. A su vez la narrativa realista podía ser ejercida en dos direcciones: la regionalista y la cosmopolita.

Para el primero de los términos deja consignada una evolución que iría de la simple crónica o inventario de la realidad a la intención testimonial, superación del mero realismo connotatorio mediante una versión íntima y apasionada del mundo americano.

En el segundo caso la temática del novelista se instala en la ciudad cosmopolita, interesándose por el destino individual y a la vez prototípico del hombre de la ciudad.

Las coincidencias registran actitudes más o menos optimistas, más o menos apocalípticas, pero siempre alrededor de un mismo eje: el hombre ciudadano como medida universal de la angustia, la soledad, la desorientación o la incomunicación.

En lo que hace a la otra dimensión señalada por Monegal, la fantástica, se limita a caracterizar la diferencia que existe entre Borges y el grupo Sur y que puede resumirse (así lo da a entender el crítico) en una inversión de procedimientos: en Borges la connotación regional aparece aquí y allá mechando el exotismo de los temas y la erudición apócrifa, en Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo, Bianco, el arranque estaría en el paisaje, nombres o circunstancias locales para luego trascenderlo al interpolar un dato de la fantasía.

En lo que hace a los procedimientos en sí de la literatura fantástica, los aborda Monegal en el ensayo crítico sobre Borges.

Esta visión panorámica intenta dar unidad formal a la serie de ensayos que le siguen y que el autor divide en dos categorías: la nota bibliográfica más o menos analítica y el enfoque totalizador de autor y obra. Ubica Monegal entre los primeros, las notas sobre Onetti, Carpentier y entre los segundos Mariano Azuela, Horacio Quiroga, Lins do Rego, Borges.

Sin entrar a juzgar esta disparidad de enfoques y de propósitos que quitan toda unidad formal a la obra, juicio al que por otra parte se adelanta Monegal en el prólogo, lo que alarma es la disparidad, los altibajos de la herramienta crítica.

Dadas las limitaciones de una nota bibliográfica es imposible entrar en un análisis detallado de cada una de estas notas. Basten como ejemplo de lo mejor y lo peor del enfoque crítico, los trabajos sobre Mariano Azuela, Doña Bárbara y aquellos sobre Borges, Adán Buenosayres, Benedetti. Mariano Azuela y la novela de la revolución mexicana reúne dos artículos uno del 52 y otro del 56, Azuela inédito.

En el primero, aparte de una agrupación temática de la obra de Azuela, lo que más interesa es la crítica de "Los de abajo". Monegal desdobra la novela en dos planos tengenciales, por un lado aquél donde se da lo que un crítico llamó "poema épico en prosa", el más aparente y sin duda el que lo consagró a partir del 25 al ser publicado en el diario El Universo de México. Es la novela de la revolución, del pueblo en armas, de los de abajo luchando por una existencia menos miserable.

La otra dimensión es la que da profundidad a la obra de Azuela y últimamente, como dice Monegal, la que importa en las letras americanas.

Ese plano subyacente es el que fiscaliza la desilusión del autor llevada hasta el final donde se resuelve magistralmente. Demetrio Macías queda solo frente al sesgo que va tomando la revolución, frente a una política que no entiende; del otro lado Luis Cervantes, el intelectual de pseudo izquierda que se enriquece con la revolución, que encuentra las palabras grandilocuentes para convertir al bandolero en caudillo.

Hacia el final, con una técnica de imágenes directas como sucesivos pantallazos, Azuela nos muestra la otra cara de la revolución, la menos épica si se quiere, el pueblo desertor, hambriento, despojado, volviendo a la montaña y el espejismo de la reforma agraria suplantando el antiguo cacicazgo por uno nuevo.

Monegal ubica la obra a mitad de camino entre la novela y el documento, entre arte y testimonio. "No es una gran obra literaria", afirma, su mérito está en la visión desnuda, en la imagen violenta sin regodeos, en lo melodramático, en el hecho de rehuir lo meramente colorista, en la ausencia de lo retórico, del alegato palabrero.

Considera a los de abajo "como un producto típico de la literatura hispanoamericana, que obedece más a las realidades de todos los días que a los preceptos de la buena retórica".

A parte de lo dicho por Monegal, cabría señalar ese defecto congénito que comparte nuestra novelística, el hecho de ser "la casi gran novela".

En lo que respecta a Doña Bárbara, no se trata de un estudio en profundidad de la obra, lo cual hubiera requerido otra minuciosidad y extensión; sino más bien de una refutación del lugar en que la ha colocado una crítica demasiado entusiasta y condescendiente a lo largo de veinticinco años.

No obstante las cinco páginas escasas del artículo, Monegal deja consignados los defectos fundamentales de la obra.

"Doña Bárbara no es una novela", dice y la define más bien como una narración primitiva donde los elementos se sueldan sin llegar a alcanzar unidad narrativa. Episodios dentro de episodios postergan una y otra vez lo esencial del tema, diluyéndose el aliento épico que aparece de a ratos en el incidente melodramático. Suma a la hinchazón de un estilo pretendidamente poético, el pintoresquismo de la visión poética del llano venezolano.

Hasta aquí la lucidez a que nos tienen acostumbrados los mejores ensayos críticos de Monegal. No corre suerte pareja el ensayo sobre Borges.

Dicho ensayo escrito en 1955, está dividido en tres subtítulos: El Narrador, La Cosmovisión y El Hombre.

En el primero Monegal analiza los procedimientos de la literatura fantástica, considerándola más como una metáfora de la realidad, mediante la cual el escritor quiere trascender la superficie indiferente o casual, que como evasión a un territorio impune.

Dejando a un lado lo discutible de esta teoría, cuyos términos no serían antagónicos sino complementarios, descubre en las ficciones de Borges un mensaje nihilista. Perdiéndose más adelante en una interpretación pretendidamente metafísica.

En la segunda parte transforma el mensaje nihilista en una mera apariencia exterior, para terminar afirmando que es el idealismo el que informa la cosmovisión de las ficciones borgianas. Toda esta "vagoriedad" crítica no aclara el panorama.

Sin pretender analizar los temas que informan las ficciones de Borges, puede descubrirse en sus mejores cuentos y aun en sus poesías la persistencia de un destino (quizá por contaminación con las primitivas literaturas nórdicas) que en última instancia da un sentido trascendente a la serie de datos inconexos o intrascendentes que componen la existencia real del hombre. Se trataría de una intuición esclarecedora, última.

En el tercer subtítulo nos espera otra sorpresa y previa aclaración. "Para los que se sientan repugnados por la explicación metafísica"... intenta otra por el lado psicológico. De donde esa habilidad de Borges para captar el momento tráfuga entre vigilia y sueño, entre realidad e irrealidad se explicaría a través del insomnio del autor.

Lo burdo de tal postulación lo advierte el mismo Monegal cuando dice: "No es posible (no es tampoco necesario) explicar a Proust sólo por el asma, a Herrera y Reissig sólo por la taquicardia, a Borges sólo por el insomnio. Aquí no se esboza una explicación única..."

Ahora bien, el recurso de intentar un segundo enfoque por si repugna el primero es inadmisibles dentro de una crítica que pretenda cierta seriedad.

En resumen, los distintos enfoques son inobjetablemente útiles desde el momento en que cumplan una función esclarecedora y no de un mero tanteo del gusto del lector.

Para concluir digamos que no ha sido muy feliz esta agrupación de notas y artículos de tan desparejo valor y técnica. Que la agudeza y lucidez crítica de Monegal se ve malograda de a ratos por el aire de improvisación circunstancial, por la visión fortuita y superficial que campea en algunos de estos artículos.

Emma R. Vaccaro

La estructura de la obra literaria (Una investigación de filosofía del lenguaje y estética), por FÉLIX MARTÍNEZ BONATI. Santiago, Universidad de Chile, 1960.

Con este libro se incorpora al campo de la investigación sobre el hecho literario un valioso aporte, que responde fundamentalmente a dos motivaciones: a) *filosófica*: fundar una ontología y una fenomenología de lo literario; "qué estructura esencial tiene la obra, qué objeto estético, como unidad imaginaria dada a la contemplación del lector u oyente, como fenómeno literario, y cómo se relaciona la estructura de la visión imaginaria o representación estética con la estructura óptica del objeto que la posibilita y porta, es el tema de nuestra investigación". (pág. 63). b) *Metodológica*: "buscar fundamento sólido y exactas herramientas de método (conceptos-instrumentos, sistemas de indagación) para la ciencia de la literatura. Esta ha iniciado en tiempos recientes un intento de superación tanto del atomismo monográfico de los estudios estilísticos como de una ordenación histórica esencialmente extrínseca, debida a categorías ajenas a la literatura misma. Empieza a generalizarse la conciencia de la necesidad de una teoría literaria concebida como Poética y como Organum de métodos, como sistema de conceptos". (páginas 16-17).

Tres teorías fundamentales forman el esquema básico sobre el cual se apoya la obra de Martínez Bonati: la fenomenología husserliana, la concepción del lenguaje de Bühler, y en lo que hace a la temática y metodológica específicamente literarias, la obra de Roman Ingarden: *Das literarische kunstwerk* (La obra de arte literaria).

El trabajo está estructurado en tres partes, que se complementan desde otros tantos ángulos de enfoque: 1) "*Naturaleza lógica y estructura fenoménica de la narración literaria*" (la elección del género narrativo está justificada por ser en él "más clara la forma simple y fundamental de todo poema"). 2) "*Estructura de la significación lingüística*". 3) "*Lenguaje y literatura*". Esta tercera parte, la que más nos interesa por su concreción a lo literario (las otras dos son su fundamentación filosófica y lingüística), se propone "constituir un esquema sistemático de los diversos modos posibles del hablar poético, un orden de categorías destinadas a completar la comprensión teórica del fenómeno general del discurso poético y a posibilitar el análisis empírico de las obras concretas individuales". (pág. 16). De aquí surge también un planteamiento del problema del estilo, a partir de las estructuras generales que subyacen en toda obra literaria.

La obra del investigador chileno adolece con frecuencia de un oscurecimiento innecesario de la expresión, de una voluntad de rigor convertida en puntillismo. Este hecho resulta, sin embargo, de un intento positivo y raramente detectable en nuestra lengua en los trabajos de investigación literaria: la búsqueda de precisión. Ella recompensa una lectura atenta con la comprensión honda y renovada del fenómeno literario. De ahí el constante análisis de las significaciones, que implica dos finalidades manifiestas: la profundización de las palabras comunes para redescubrir sus intuiciones originales, y el intento de creación de una jerga técnica especializada. Esta actitud se adscribe, por otra parte, a un problema general de nuestra época: la necesidad de unificación de las terminologías, de reencuentro con la lógica tradicional, el permanente cuestionamiento de valores.

Consecuentemente, el autor tiene que realizar una continua tarea de deslinde: a) de su campo de investigación, con respecto a otras disciplinas (de ahí la polémica contra el psicologismo de Croce, Vossler, Boussoffo; contra los métodos genéticos y biográficos, contra la postulación sartreana; b) de su objeto de estudio: la comunicación literaria, de índole estética, frente al fenómeno general de la comunicación lingüística; c) de la experiencia literaria en sí, en su estructura trascendente, no en cuanto experiencias individuales de lector y autor.

La realización de permanentes deslindes y sugerencias metodológicas, lleva a una repetida insistencia sobre los principios básicos del trabajo. ¿Cuáles son estos principios, qué logros y afirmaciones constituyen la médula de la teoría? a) La afirmación de la efectiva existencia de una estructura general de la obra literaria, y con ello, de la posibilidad de creación o reelaboración de una ciencia general de la literatura, del instrumento para una "historia intrínseca del fenómeno poético": "Como estética y lógica trascendentales" de la experiencia literaria han de ser concebidas renovadamente Gramática, Retórica y Poética. Es sentido esencial de nuestro trabajo precisamente determinar estructuras generales de toda obra poética... La obra no es algo así como un florecimiento de la vida en configuraciones únicas y sin precedentes, ajenas a órdenes genéricas. Por el contrario, toda poesía tiene estructuras esen-

ciales predeterminadas como condición de ser —gramaticales, retóricas, estilísticas, poéticas—... la creación tiene que ser “primero” (por cierto, no temporal sino estructuralmente) discurso genéricamente determinado, para poder ser, como ulterior superación de la mera generalidad, poesía”. (pág. 111).

b) El carácter imaginario del discurso poético. “Esta su naturaleza óptica posibilita toda otra característica suya” (pág. 19), y añade no solamente al mundo apelado, representado o expresado, sino también a la immanencia de un hablante y un oyente ficticios.

c) Una definición del fenómeno literario y de las convenciones básicas que implica: “Lo asombroso... es la aparición de pseudofrases sin contexto ni situación concretos, es decir, de frases representadas imaginadas sin determinación externa de su situación comunicativa. *Tal es el fenómeno literario*. Aceptar como lenguaje tales frases, atribuirles en general sentido, es la convención fundamental de la literatura como experiencia humana”. (pág. 98-99). “Literatura es el puro desarrollo de la situación immanente a la frase”. (pág. 99).

d) La distinción de estratos ónticos y estéticos de la obra, cuyo esquema sería, según lo propuesto por Martínez Bonati, el siguiente:

1) SIGNOS REALES

(pseudofrases)

Signos icónicamente representados por los signos reales

2) SIGNIFICACIONES { Dimensión representativa
Dimensión expresiva
Dimensión apelativa

3) OBJETIVIDADES { mundo
hablante
oyente

e) La enajenación del estrato de las significaciones (2) en el de las objetividades (3).

f) La idea de la experiencia de la lectura poética como comunicación estética trascendental: “el autor no se comunica con nosotros por medio del lenguaje, sino que *nos comunica lenguaje*”. (pág. 99).

g) Una teoría de los géneros literarios, elaborada a partir de la correspondencia señalada por Bühler entre las funciones del signo lingüístico y los modos o funciones de la literatura: expresión-lírica; apelación-retórica; representación-épica y drama.

Veamos su definición de lo lírico: “el predominio de la dimensión expresiva, de lo puesto de manifiesto sin ser dicho, por sobre lo dicho y lo apelado. En otros términos: lírica sería la obra poética en que el estrato sustancial es el estrato del hablante ficticio en cuanto “expresado”. Si concebimos la didimensión expresiva del lenguaje al modo amplio que hemos expuesto, es decir, no estrechamente como manifestación de “afectividad” o de “afectividad y volición” (de “actitud”), sino, como corresponde al fenómeno, entendiendo por dimensión expresiva del lenguaje la revelación del ser del hablante en el acto lingüístico, veremos, en la dimensión expresiva de la frase y en la poesía lírica, un modo propio de comunicar y objetivar mediante el lenguaje, modo cuyo

poder revelador parece privativo. Podemos concebir la poesía lírica como el despliegue de la potencia lingüística de poner de manifiesto, a través de algo que se dice (representa), algo que no se dice. Y de esta manera cabe pensar (en consecuencia estricta de estas determinaciones y sin usar la palabra metafóricamente, sino propiamente) que lírica es un modo de comunicar algo en esencia *indecible*". (pág. 129). Notemos que esta última afirmación (por cierto nada original), es válida por su peculiar enfoque y punto de partida, que acentúa lo representado, la dimensión lógica básica e intrínsecamente relacionada con el fenómeno lírico. Quedan así descartadas la posición del romanticismo y la de Croce, la consideración de lo lírico como irreproducible, casi mágico, y abierto el camino para la interpretación y reconstrucción de su vivencia, contra lo que parecería indicar la expresión "indecible".

Para profundizar los conceptos parte luego de un nuevo criterio: los modos literarios se corresponden con los diversos tipos fundamentales de situaciones comunicativas concretas: soliloquio (lírica), narración larga a un público desocupado (épica), interacción práctica (drama). Estas consideraciones, que hubieran requerido un mayor desarrollo, desembocan en una nueva definición de la literatura: "es un modo de ponerse el hombre, mediante lo imaginario, frente a posibilidades radicales de su ser: conocer lo pasado por relato (épica), actuar en medio de los hombres (drama), y sentirse a sí mismo ser, intuirse como interioridad (lírica). (pág. 133).

Ahora bien, ¿puede haber aquí una primera resquebrajadura del sistema? ¿Una ruptura de los límites vida real-literaria? ¿Si el hecho literario se resuelve en la ficción y el lector no se ve para nada comprometido, no debería salir intacto de este "juego"? ¿Significa esta contemplación una posibilidad de praxis, de superación del hombre por el conocimiento, la liberación de impulsos o tensiones, la compensación imaginaria, etc.?

Pero Martínez Bonati soslaya todo lo que no sea pura teoría fenomenológica. En el Apéndice manifiesta: "Por qué queremos gozar imágenes, qué sentido y función tiene ello en nuestra existencia, que trascendencia sobreviene a esta básica intrascendencia, son preguntas de otro plano. Igualmente, por qué algunas imágenes son expresivas y otras no, etc. La cuestión que nos ocupa aquí es la relativa a la estructura y naturaleza del objeto literario, las condiciones de su posibilidad, la constitución de la experiencia poética". (p. 153). De aquí su concreción al plano lingüístico. Como lo manifiesta en el Prólogo, lo que se ha propuesto es, como Ingarden, hacer "evidente la naturaleza de la íntima relación de lenguaje y poesía, y, con ello, la razón de unir teoría del lenguaje y estética de la literatura. Restringiendo un tanto la conocida doctrina de Croce que identifica Estética y Lingüística General como una Ciencia de la Expresión, podemos afirmar que la estética de la literatura es, en buena parte, filosofía del lenguaje". (pág. 25). Por eso sostiene que es necesario "para la fundamentación metodológica de la ciencia de la literatura intentar desde la raíz la determinación de la esencia del lenguaje poético, y para esto hay que considerar el lenguaje en toda la plenitud del hablar, en todas las dimensiones de su ser y significación". (pág. 18).

¿Es válido el aporte de una obra con tales limitaciones? ¿Hasta dónde? ¿Cuál es su contribución a la cultura, a la nueva metodología del análisis literario? Es manifiesto que si negamos la posibilidad de elabo-

ración de una ciencia de la literatura, estamos cuestionando la existencia misma y la operatividad de la crítica, que no puede ser reducida a un subjetivismo capcioso, abierto a todo tipo de fantasía e intereses, ni tampoco sustraerse al relativismo psico-socio-histórico-cultural del medio que la nutre. Sólo a través de una filosofía del lenguaje y una reconsideración general del fenómeno literario podrá lograrse el mínimo de objetividad exigible tanto en el momento descriptivo como en el valorativo, y la superación de la crisis producida por métodos que ya no satisfacen, que han agotado sus posibilidades. Por un lado, la estilística se queda más acá del hecho literario; por el otro, las corrientes sociológicas o psicológicas genéticas lo trascienden, lo rozan apenas, para invadir el campo del sociólogo, del historiador de la cultura, el antropólogo, o el psicólogo. Lo específicamente literario queda de tal forma mediatizado, reducido a instrumento de sus fines extrínsecos.

Por ambos caminos, que han fructificado en valiosísimos aportes, la verdadera esencia del fenómeno literario permanece sin embargo ignorada. Para captarla, es preciso entrar íntegros en el juego de un mundo peculiar que el autor nos propone adherir a él momentáneamente, con a difícil ingenuidad que van a dificultarnos las presiones y la intencionalidad que condicionan todo nuestro actuar. Una actitud prejuiciada, como por ej. la del marxismo, distorsiona la realidad poética para adaptarla a su visión del mundo, dicotomizada en un más allá y un más acá de sus intereses. Pero la íntima unión de la forma lingüística con el mundo que configura (esencia de lo literario) es estética, y por lo tanto desinteresada; exige flexibilidad del crítico, quien deberá primero adaptarse a la obra para luego trascenderla, y no realizar el camino inverso. Ubicado de tal manera en el fenómeno (al cual no pueden aplicarse sino en forma relativizada las categorías del mundo no literario, por ej. la verdad), tratará de descubrir sus mecanismos, su armazón y juego estructural, su coherencia o incoherencia íntimas, lo que tiene de apelación, expresión y representación immanentes. Con estos elementos podrá arribar a una valoración intrínseca de la obra, y a la vez buscar las constantes de la experiencia poética, con las cuales se va elaborando el camino en ciernes de la ciencia de la literatura. Esto es lo que nos propone el libro de Martínez Bonati, sin darnos los pasos de un método sistemático, sino las bases teóricas para su elaboración, la fundamentación de una metodología, la apertura de un camino. En tal sentido es válido su aporte.

Contrasta con la elaboración general muy cuidada que hizo la Universidad de Chile, la enumeración incompleta en datos de la bibliografía.

Rosa Boldori

Introducción a la Historia del Arte, por ARNOLD HAUSER. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1961.

La *Introducción a la Historia del Arte*, publicada varios años después de la *Historia social de la literatura y el arte*, descubre y completa en forma precisa la serie de elementos ideológicos claves que sustentaban el trabajo anterior. Si en la *Historia del arte*, Arnold Hauser pre-

tendía que el lector “fijase por sí mismo y sometiese a consideración crítica las categorías mentales en cuyo marco se movía la interpretación”, en la nueva obra la exposición y crítica de esas categorías están a cargo del mismo autor. Ambos trabajos se complementan sin lugar a dudas, pero en el segundo se pueden percibir con mayor claridad las características del método elegido, sus aciertos y sus limitaciones.

Como el autor hace notar en el prólogo, la descripción y valorización del método aplicado es el principio que presta unidad a los distintos capítulos de esta *Introducción*, pero dada su estructura particular cada tema o capítulo puede ser juzgado en forma independiente; el primero, Objetivos y límites de la sociología del arte, intenta justificar la elección de puntos de vista sociológicos en la interpretación de fenómenos artísticos. Desde el comienzo de su obra, Hauser señala la falta de perdurabilidad de las diversas interpretaciones de la historia y paralelamente de la obra de arte, pero indica también la influencia de esas interpretaciones caducas sobre los juicios de las generaciones posteriores. El primer elemento clave de su propia interpretación es el concepto de la obra de arte como mensaje, considerando que si se intenta ver en ella un universo completo en sí mismo, que escapa al condicionamiento de la realidad, el resultado es, una visión parcial e incompleta. Aquí, Hauser recuerda con Marx, la desfiguración de la realidad que el artista presenta en sus obras; pero insiste en la capacidad que tiene el artista de superar en cierta medida sus condicionamientos, de corregir su perspectiva, sin contar sus permanentes intentos por lograr una interpretación cada vez más veraz y objetiva del mundo, tal como Engels ya lo daba a entender refiriéndose a Balzac.

Hauser ha fijado ya los límites externos que condicionan la obra de arte, pero esto no es suficiente porque de inmediato se advierten otros límites que pertenecen estrictamente al plano de las calidades artísticas y que exceden a las consideraciones y relaciones de índole sociológica. Bello y verdadero no coinciden necesariamente ni tampoco lo verdadero valoriza lo bello, por lo tanto Hauser no pretende remplazar la “historia del arte”, por la “historia social del arte”, sino que más allá de la elección fundamental entre materialismo y espiritualismo, “el punto de vista sociológico sólo debe rechazarse en relación con el arte, allí donde se presenta como la única forma legítima de consideración, confundiendo la consideración sociológica de una obra con su valor artístico” (pág. 31). Los aspectos negativos de la sociología aplicada a la historia del arte son, dice Hauser, la intención de reducir un fenómeno complejísimo a una simplificación de tipo científico-limitación que es común a todas las ciencias que pretenden interpretar la obra artística, y su carencia de categorías ideológicas adecuadas o de un lenguaje lo suficientemente expresivo como para verter los fenómenos artísticos. Sin embargo, persisten las características positivas de la sociología aplicada a la historia del arte, ya que el arte está mucho más condicionado a las ideologías de clase que cualquiera de las ciencias, aunque estas relaciones no se dan en forma directa sino a través de una sublimación. Ese condicionamiento es doble, pues una obra de arte es el producto más o menos directo de estructuras propias de un momento determinado, pero a la vez es juzgada y valorada de acuerdo a los cánones resultantes de otras estructuras distintas en el tiempo y en el espacio. Así, concluye Hauser, es evidente que las valoraciones y las revisiones de la historia del arte no obedecen a la lógica, sino que están condicionadas ideológicamente” (pág. 65) y que este

relativismo permanente no puede superarse sin llegar al "fin mismo de la Historia".

Hasta aquí las limitaciones y las perspectivas positivas que ofrece la sociología aplicada a la historia del arte —según ya había podido juzgarse a través de la *Historia social de la literatura y del arte*. El crítico cumple un ciclo, de la hipótesis pasó a la concreción de la obra y de ésta al análisis crítico de su trabajo, y puede decirse que el resultado es convincente.

El aporte de la sociología a la historia del arte es considerado en general como un elemento necesario y a veces decisivo; en cambio, la interpretación del arte a través del psicoanálisis despierta muchas veces actitudes reticentes. Hauser descarta, casi desde el principio de su exposición, la posibilidad de un enfoque puramente psicoanalítico de la obra de arte que sea a la vez realmente valioso y positivo para la crítica. Su interés con respecto al psicoanálisis —como ocurría en el caso de la sociología— se centra en los elementos que puede aportar a la crítica de la obra de arte y, paralelamente, a la historia del arte. Estos elementos se dan especialmente en el plano de la interpretación de los símbolos que el autor de la obra ha empleado, y en el descubrimiento de que el arte es para el artista "una compensación, una desviación de instintos agresivos, una expresión de hostilidad narcisista contra el mundo, una satisfacción del deseo de desfigurar y destruir y que, de otro lado, el arte es una corrección del carácter imperfecto e incompleto de la existencia, una protesta contra su ser turbio y opaco, contra su falta de destino y de fin" (pág. 155). Paralelamente Hauser señala las deficiencias y conceptos erróneos del psicoanálisis con respecto al arte; establece en primer término la abierta relación entre el psicoanálisis y el romanticismo, sin cuyos logros —dice— no hubiera podido darse. A partir de esta relación romanticismo-psicoanálisis, Hauser pone de manifiesto la debilidad de la afirmación de Freud, acerca de la paridad de situaciones entre el artista y el neurótico, ya que sólo desde el romanticismo —y por causas sociales muy precisas— se da el alejamiento del artista de la realidad. Además, el psicoanálisis no tiene en cuenta en absoluto la existencia de la obra de arte como entidad diferente al autor mismo y que escapa a los límites de la personalidad de éste, de allí la necesidad de complementar la interpretación psicoanalítica de la obra artística con otro tipo de estudio, la conveniencia de aunar al materialismo histórico los elementos propios del psicoanálisis en toda interpretación que pretende ser eficaz.

Ya señalada la importancia del psicoanálisis con respecto a la obra de arte, Hauser indica cual puede ser su aporte a la historia del arte. Si el psicoanálisis se aplica a los individuos, parecería inútil referido a los estilos, elemento supraindividual, pero "para explicar la vigencia de una tendencia estilística en toda una generación o en toda una época —afirma Hauser— hay que suponer que ciertas situaciones históricas favorecen ciertas tendencias psíquicas", y de aquí la posible utilización de elementos psicoanalíticos en la historia del arte.

Todos los elementos señalados por Hauser acerca de la importancia del psicoanálisis y de sus limitaciones en la interpretación de la obra de arte, ya podían ser entrevistados en la *Historia Social de la Literatura y del Arte*; algunos de estos planteos podrían ser discutibles, sobre todo aquellos que se refieren directamente a la teoría freudiana, pero la elección y aplicación de determinados elementos psicoanalíticos en la *Histo-*

ria del arte, y la fundamentación de su criterio electivo en esta *Introducción*, son realmente valiosos y positivos para toda investigación posterior.

Un grueso capítulo de esta *Introducción* está dedicado a la crítica de la Historia del arte "sin nombres", como la llama Hauser, cuyo principal representante es Wölfflin. Hauser está profundamente convencido de su propia importancia al dar una orientación determinada al método de investigación de la historia del arte, por esto el capítulo Historia del arte sin nombres, es una crítica detenida y completa del método de trabajo de Wölfflin y de sus bases filosóficas, según un nuevo punto de vista. La fundamentación de la historia del arte sin nombres debe buscarse en el historicismo, la filosofía romántica de la historia, que afirma el desarrollo independiente de los contenidos culturales con respecto a los individuos, y además que toda intervención de éstos para modificar ese desarrollo es una traición "al espíritu al que se deben las grandes conquistas históricas de la nación" (pág. 183). Hauser llama a esta teoría conservadora y sofisticada, y le contraponen los fundamentos de la filosofía dialéctica de la historia, que está detrás de su propia historia del arte. A partir de aquí señala las insuficiencias de los "conceptos fundamentales" de Wölfflin —leyes históricas y no estéticas— que no resisten validez general fuera de determinados períodos históricos. Además, al tratar insistentemente de hallar conceptos tales que puedan incluir en cada momento una serie de contenidos variables, pero dependientes de un eje centralizador siempre repetido, Wölfflin construye —dice Hauser— una tipología que lleva a la ordenación intemporal de las obras del espíritu, como los pensadores influidos por el neokantismo o la fenomenología de Husserl. Aunque Wölfflin no llega a menudo a estos extremos sino que evita caer en esas fallas fundamentales, sus conceptos clasificadores carecen de sentido si se los aleja de su primitiva significación con respecto al barroco; ya que con ellos sólo trata de establecer una serie de elementos claves que permitan juzgar y elegir entre la producción artística demasiado extensa.

El concepto de historia del arte sin nombres no se atiene a la realidad porque aunque las grandes figuras están casi siempre un poco al margen del gran movimiento al que son contemporáneos, las figuras menores tienen su propio papel y su propia importancia en la conducción de ese gran movimiento y la consideración de cada uno, de sus matices peculiares es tan importante, en sus niveles como lo es el de las grandes figuras.

Por otra parte, desde el platonismo, cuando se descubrió la relativa independencia de las obras del espíritu, se insiste en el estudio de las obras prescindiendo de su autor, pero frecuentemente se olvida, como en el caso de Wölfflin, que a pesar de la intencionalidad supraindividual —inherente a toda obra artística— perdura el esfuerzo individual para superar o resolver el problema que la realidad ofrece. Wölfflin, para crear su historia del arte sin nombres, pretende ignorar los aspectos señalados por Hauser, recurre a dar vida al concepto de estilo, considerando que éste es el resultado de la tendencia seguida por la generalidad, es decir que el artista, en cada momento histórico, puede adoptar una y sólo una tendencia determinada, con un desarrollo independiente de las influencias individuales, o sea que se postula un desenvolvimiento estilístico autónomo. Esta convicción no se da sólo en Wölfflin sino también en Riegl con anterioridad, aunque Hauser reconoce que el primero no se deja arrastar por las implicaciones de su teoría hasta el ex-

tremo de desconocer totalmente las irregularidades resultantes de la no adaptación de los hechos al esquema prefijado.

La negación de Hauser ante la historia del arte sin nombres, lleva a la pregunta de cuáles elementos son los que el autor considera primordiales en la concreción de la obra de arte, si los individuales o los sociales. Hauser cree que esta contradicción básica es superable, pues la anulación del individuo como elemento creador ya sea en nombre del idealismo como del materialismo, es tan errónea, dentro de la historia del arte, como el considerar cada obra como el producto del genio individual. Hauser se resuelve diciendo: "el cometido justo consiste en delimitar el papel histórico de lo individual y de lo supraindividual, y en esforzarse en hacer justicia a los dos, sin caer en la mistificación del uno o del otro, y menos aún, en la mistificación de los dos" (pág. 274). Pero no sólo eso, sino que "el proceso de la constitución del estilo es un proceso dialéctico que se mueve entre la contraposiciones de lo técnico y lo visionario, de lo racional y lo irracional, de las actitudes sociales e individuales y que, en este sentido, no se diferencia esencialmente de las obras de arte singulares" (pág. 305). Y nuevamente se plantea aquí la interacción de elementos como base de todo el método seguido por Hauser en la determinación de los estilos y de los autores, y en la valoración de éstos.

Hauser elude siempre la caracterización de los diferentes estilos —conceptos fundamentales de antinomias, por ejemplo impresionismo y expresionismo— otorgándoles un valor genérico e indiferenciado a través de las épocas, pues considera que los contenidos de esas expresiones varían de un momento histórico a otro. Finalmente insiste Hauser en la demostración de su teoría acerca de la historia social del arte como la que ofrece mayor número de posibilidades al investigador y dice: "Las objeciones contra la historia social del arte proceden principalmente, de que se le atribuyen intenciones que ni puede ni quiere tener. La historia social del arte no trata nunca —a no ser en sus formas más toscas— de exponer el arte como expresión homogénea, comprensiva y directa de la sociedad del momento" (pág. 349). Hauser enfrenta a la historia del arte sin nombres el concepto del arte como fenómeno estrictamente social, y por lo tanto nada más adecuado que una historia social del arte.

El siguiente tema tratado por Hauser es el arte del pueblo y arte popular, el autor va definiendo las características de los diferentes tipos de arte popular, pero concluye afirmando que lo que se considera habitualmente como obra de arte no surge nunca del pueblo. Entre los caracteres distintivos del arte popular está en primer lugar su carácter de anónimo, su conservadurismo y otros detalles igualmente significativos. Posteriormente ilustra sus afirmaciones con la historia de la poesía popular que parece anuar la serie de elementos necesarios para constituir una ejemplificación valedera para el problema. Las observaciones acerca del arte y especialmente de la literatura popular de la época actual, así como también del cine, ya aparecían en su *Historia social de la literatura y del arte*, pero sin duda en este caso hay una mayor profundización de los temas y los elementos están considerados con mayor detención, sobre todo en la parte dedicada al cine.

El último capítulo se refiere a la dialéctica de la historia y del arte, es decir, según lo interpreta Hauser, a la constitución y cambio de las convenciones propias de los diferentes aspectos del arte. El lenguaje artístico es una convención por sí misma, lo son también los diferen-

tes mecanismos de los que el autor echa mano para lograr un efecto determinado sobre el espectador, lector de su obra, y esas convenciones aparecen con mayor claridad si se consideran, por ejemplo, aquellas que se utilizan y se han utilizado en el teatro de todos los tiempos. No existe, dice Hauser, un arte espontáneo, pues el arte se basa siempre en una serie de convenciones variables a través del tiempo, cuya comprensión varía también a cada paso.

Estos dos últimos temas tratados son los que aparecían expuestos ya con claridad en la *Historia social de la literatura y del arte*, donde se señalaba la estrecha relación entre el arte popular y el cine en nuestro siglo. Hauser considera que el arte popular sufre un período de eclipsamiento en la época actual porque los medios de difusión han logrado crear un tipo de arte para las masas populares, aunque no surgido de ellas; a partir de aquí la importancia del cine o de la novela policial, por ejemplo, que es innegable y cuyo proceso de evolución Hauser analiza paso a paso. Su demostración de la influencia del cine sobre la gran masa de los espectadores que le es propia, prueba la participación nula, o poco menos, del público como modificador de los elementos artísticos en este caso. Las observaciones de Hauser se dirigen también a las creaciones de la literatura moderna y a la promoción de los mismos —“best sellers”, por ejemplo— que desatan, en un público medianamente ilustrado, sucesivas olas de interés. Los efectos que las condiciones de vida causan en las manifestaciones artísticas de nuestro siglo, son muy curiosas desde más de un punto de vista, ya que la mayor difusión y los progresos técnicos han unificado, en cierta medida, los comportamientos del público frente a las obras y los condicionamientos propios de éstas.

A pesar de las nuevas situaciones por las que atraviesa el quehacer artístico y las aproximaciones del público de hoy frente al arte, Hauser duda acerca de la posibilidad de que el arte llegue a ser realmente comprendido y gustado universalmente sin discriminaciones de ninguna clase. Deja de lado la consideración de que en condiciones económicas sumamente favorables —bienestar general, fin de la explotación del hombre por el hombre, etc.— los individuos logren apreciar las obras artísticas con independencia de un gusto artístico preformado; Hauser opina que las condiciones espirituales necesarias para la captación de lo estéticamente valioso, no se da en forma espontánea en los individuos, sino que surgen luego de un largo proceso y a través de sucesivos decaimientos. Por otra parte cuentan siempre factores individuales, psicológicos, que condicionan la apreciación cualitativa de la obra artística y que pueden ser considerados como insuperables.

Los capítulos y temas analizados agotan, por así decirlo, los aspectos más importantes del método que Hauser utiliza en su *Historia del arte*; es posible que el autor haya sentido la necesidad de fundamentar en forma teórica todos aquellos elementos que aparecían en su primera obra y esa fundamentación ha sido realizada tomando en cuenta los puntos que, evidentemente, daban lugar a mayores controversias. El primero de los capítulos es una justificación de su historia “social”, en cambio los dos siguientes, los que se refieren al psicoanálisis y a la historia del arte “sin nombres”, tienen el carácter de juicios críticos acerca de determinados métodos y además fundamentan la elección de algunos elementos propios de esos métodos. De los dos capítulos, el segundo es en algunos aspectos reiterativo —la elección de historia “social”, ya había sido justificada en el primer capítulo de la obra— y parece un tanto des-

medido el interés de Hauser por señalar la superioridad de su propio método frente al de Wölfflin; de todos modos Psicoanálisis y arte e Historia del arte sin nombres, son los temas desarrollados con mayor detenimiento y amplitud, luego de un estudio exhaustivo de las dos teorías. Estos capítulos son también, sin duda, los más importantes de la obra, no sólo por el interés que les dispensa el autor, sino por la influencia que pueden tener en toda investigación e interpretación artística posterior.

En los últimos capítulos de la *Introducción*, el autor trata algunos temas que no han sido considerados, en forma sistemática por lo menos, en obras de esta magnitud. Para realizar su tarea Hauser se ve precisado a utilizar toda una terminología que implica contenidos muy diferentes según las épocas, desde el romanticismo hasta nuestros días; por ello resulta sumamente útil la definición que el autor realiza de esos contenidos. Las conclusiones a las que llega son, en estos temas sobre todo, de carácter muy personal, aunque algunos criterios hayan sido ya universalmente aceptados. Justamente por su carácter y por las continuas modificaciones a las que están sujetos esos juicios dada su contemporaneidad y constante evolución, es ésta posiblemente la parte menos perdurable de la obra. De todos modos la inclusión de estas consideraciones, sea cual fuere su valor y permanencia, era imprescindible en una obra que, como ésta, intenta aclarar y delimitar aspectos desarrollados en la *Historia social de la literatura y el arte*.

El último capítulo de la obra —Dialéctica de la historia del arte— adelanta, según ya se viera, algunas conclusiones importantes, aunque se reiteran también conceptos expresados en el primero de los capítulos de esta obra.

El análisis de esta *Introducción* ha permitido establecer sus características positivas y, en todos los casos, su nivel crítico y la claridad de la exposición. Tanto si se la considera como un complemento de la *Historia social de la literatura y del arte*, o como un análisis crítico independiente de diversas aproximaciones a la obra artística, la *Introducción a la historia del arte*, de Hauser —a pesar de posibles disenciones con algunos puntos de su contenido— es una de las obras más importantes publicadas en los últimos años.

Norma B. Desinano

Fragmentos de Leucipo y Demócrito, traducción, estudio y notas de JUAN MARTÍN RUIZ. Buenos Aires, Aguilar, 1964. 262 p.

Toda traducción española de los filósofos griegos (y particularmente de los presocráticos) conducida sobre el texto original, es trabajo útil y bienvenido. Hace poco lo dijimos a propósito de una versión de los fragmentos de Empédocles. Hoy lo repetimos gustosos ante ésta de los de Leucipo y Demócrito.

Hasta ahora el lector que desconociera el griego sólo podía leerlos en los *Fragmentos de los presocráticos* de D. García Bucca, en versión incompleta, o en alguna traducción a otro idioma moderno (como la italiana de E. Alfieri: *Glù atomisti — Frammenti e testimo-*

nianze — Bari — 1936, o la francesa de M. Solovine: *Démocrite: Doctrines et réflexions morales* — Paris — 1938).

La presente traducción basada en el texto de Diels-Krantz (*Die Fragmente der Vorsokratiker* — Berlin — 1954) no nos da lamentablemente sino las "ipsissima verba" y prescinde de la valiosa biografía de la edición alemana, aunque ésta sea utilizada en el estudio introductorio.

Las notas son pocas y bastantes breves, lo cual es también de lamentar porque, aun con una extensa introducción, aquéllas se hacen necesarias para explicar el sentido particular de cada fragmento con sus implicaciones lingüísticas, históricas, científicas, etc.

El estudio introductorio, bastante extenso, expone con claridad, basándose en testimonios y fragmentos, la doctrina de Leucipo y de Demócrito y sus relaciones con las de otros pensadores presocráticos. Dado el carácter y la finalidad de divulgación que tiene la obra, de acuerdo a la colección en que está incluida, no puede achacársele el que haya pasado por alto en el mencionado estudio algunas de las cuestiones histórico-filosóficas más discutidas por la crítica actual. Se trata, por cierto, de una exposición clara, ordenada y seriamente fundada, aun cuando sea posible objetar algunas de sus afirmaciones.

La traducción, en general correcta, podría ser objeto, sin embargo, de una serie de reparos o, al menos, de precisiones. Pongo como ejemplo el fragmento 33: El verbo *φύσιονοιεί* se traduce: "crea su naturaleza", cuando más bien debería vertirse: "hace las veces de naturaleza"; en el fragmento 171: *Ψυχὴ οκητήριον δαίμονος* debe traducirse: "el alma es la morada del destino" (o "del genio") y no "de la diosa", etc.

Angel J. Cappelletti

La Brujería, por GEOFFREY PARRINDER. Buenos Aires, EUDEBA, 1963. 276 p.

En uno de los números anteriores de *Universidad* (56) comentamos el libro de G. Faggin: *Las Brujas*. Hoy nos toca hacer lo mismo con una obra de Parrinder sobre el mismo tema.

G. Parrinder, que es ante todo un antropólogo, se propone aquí dilucidar la naturaleza de la brujería en el mundo occidental como fenómeno del pasado (de un pasado, sin embargo, no tan remoto como quisiéramos creer, pues en pleno siglo XVIII hubo en Europa juicios por brujería) mediante el estudio del mismo fenómeno tal como se da actualmente en Africa.

El método resulta original en este terreno y está llamado, sin duda, a iluminar muchos aspectos de la historia social y religiosa de Occidente. Sin embargo, el autor no parece tener suficientemente en cuenta la disparidad socio-cultural entre ambos términos de comparación. Y en particular no parece advertir el hecho fundamental (tan vigorosamente subrayado por Faggin) de que en Europa la brujería asumió siempre la forma de una réplica negativa, casi se diría de una deliberada y nefanda parodia de la vida cristiana (del credo, del culto y la liturgia, de la jerarquía eclesiástica, etc.).

Por otra parte el autor rechaza la tesis, muy difundida hoy entre historiadores y estudiosos de la religión, "según la cual la brujería es una reliquia de antiguos cultos paganos que han sobrevivido hasta el siglo XVIII en Europa". Esta tesis, sostenida en su forma más extrema por M. A. Murray (*The Witch-cult in Western Europe* - 1921; *The God of the Witches s/f; The Divine King in England* - 1954), olvida o subestima el carácter estrictamente "cristiano" de la brujería en Europa y lo menos que de ella puede decirse es que resulta tan unilateral como la de quienes la relacionan particularmente con el gnosticismo, según ha hecho hace pocos años, con más talento literario que espíritu científico, un novelista inglés, cultor del género policial: M. Burt (*El caso de las trompetas celestiales, El caso de la joven alocada, El caso del jesuita risueño*).

Lo que sí puede sostenerse, sin duda, es que el florecimiento de la brujería en los siglos XVI y XVII se vincula, por una parte, con la incidencia de las religiones paganas de Asia, Africa, América y Océania (vividias como contacto con el dominio diabólico) en la conciencia europea; por otra, con el redescubrimiento del paganismo greco-romano y con el remordimiento inconciente que surge de valorar la cultura antigua por encima de todo en una cultura puesta bajo el signo de la cruz.

En todo caso explicar la brujería como neurosis obsesiva, en términos freudianos, parece el resultado de una simplificación acritica. Cuando los síntomas se descubren (o creen descubrirse) en una campesina alemana del siglo XVI o en una ashanti de 1950, no se los puede encuadrar en una teoría válida tal vez para explicar las perturbaciones psíquicas de una pequeña burguesa austríaca de 1900, si antes no se hacen las salvedades del caso, con lo cual la explicación quedará reducida a una mera analogía.

Más que toda disquisición psicoanalítica y quizás también más que todo paralelismo antropológico o etnográfico, para comprender el sentido de la brujería habrá que recurrir quizás, como a una idea reguladora, a la concepción filosófico-teológica según la cual "el diablo es Dios visto por hombres de mala conciencia".

Angel J. Cappelletti

Introducción al estudio de la filosofía, por LEÓN KUPERFELD.

Buenos Aires, Claridad, 1964. 387 p.

He aquí otra "Introducción a la filosofía". El índice promete un adecuado enfoque. En efecto, un examen de las condiciones del filosofar y de la actitud filosófica, un planteamiento de los problemas fundamentales (el del ser, el del conocer y el del valor) y, finalmente, un esbozo de su desenvolvimiento con especial referencia a los estudios de nuestro país, esto es, una pre o periferia filosófica, una presentación problemática y una visión histórica, son tres modos válidos y posibles, más aún, convenientemente complementarios, de introducir a alguien en la filosofía.

La lectura de la obra, sin embargo, decepciona nuestra esperanza.

Por empezar, utiliza un método (si así puede llamarse) que es una inconciente parodia de la dialéctica: hablando de cualquier tema trae a

colación ideas y palabras de autores no sólo diferentes en su doctrina sino a veces también contrarios. Y lo malo está en que el autor no busca la síntesis, simplemente porque no advierte la antítesis. La razón vital que habla por boca de García Morente armoniza con el realismo crítico de Külpe, con la fenomenología de A. Müller, con el historicismo de Bréhier, con el neotomismo de Maritain y aun con el materialismo dialéctico de Shcheglov, antes de que pueda haber entre ellos ningún conflicto.

Por otra parte, las citas son tantas y tan extensas que en muchos capítulos el autor no hace casi otra cosa más que agregar las comillas. Sin embargo, si tuviéramos que elegir, nos quedaríamos con los "disiecta membra" de aquellos citadísimos autores antes que con la pretendida argamasa del citante. En efecto, uno sólo respira en paz cuando lee allí una cita, porque en cuanto a lo que Kuperfeld pone de sí, la cosa está sujeta a dudas, trabada por la imprecisión, obnubilada por el desorden y la arbitrariedad.

Pongamos algunos ejemplos, tomados de la tercera parte (histórica), que bastarán a demostrar lo dicho.

En la página 214 llama "materialistas", sin más, a Anaxágoras y Empédocles, tanto como a Leucipo y Demócrito, y a todos ellos los envuelve en la genérica denominación de "atomistas". Todo el mundo sabe que Anaxágoras es considerado precisamente como el primer espiritualista, pero aun cuando ello sea inexacto, no lo es menos el llamarlo simplemente "materialista"; en el mismo sentido en que se da este nombre a Demócrito o a Leucipo. Decir que Anaxágoras es un atomista, si no se explica claramente que "lo indivisible", esto es, lo atómico, es para Anaxágoras la cualidad (con lo cual viene a enseñar justamente lo contrario de Demócrito), constituye una excelente manera de confundir la terminología y las ideas. Lo mismo sucede cuando llama al mismo tiempo "idealistas" a Protágoras y a Platón (págs. 217 y 220) sin especificar que en el primer caso se trata de un idealismo gnoseológico (si así se puede llamar y no simplemente "fenomenalismo") y en el segundo de un idealismo metafísico, y que, en general, Protágoras y Platón pueden ser considerados como los dos polos del pensamiento antiguo: subjetivismo absoluto y super-objetivismo, nominalismo radical y ultrarrealismo, relativismo y absolutismo, etc.

Incluir a Empédocles entre los atomistas (p. 214), decir que con el neoplatonismo "la doctrina de Platón sobre las ideas se acerca al cristianismo mediante la prédica de la religión y del ascetismo" (p. 226), es superficialidad rayana en la ignorancia: Empédocles es un físico pluralista (y en tal sentido prepara el surgimiento del atomismo), pero no un "atomista"; el neoplatonismo fue utilizado por algunos Padres de la Iglesia (sobre todo en Oriente) para elaborar sus síntesis teológico-filosóficas, pero en modo alguno puede decirse que "se acerca" al cristianismo cuando excluye no sólo la idea de creación libre sino también la posibilidad de una libre revelación de Dios. Cualquiera sabe, por lo demás, que las más duras impugnaciones al cristianismo vinieron de los filósofos neoplatónicos o platónicos medios, como Celso o el mismo Juliano el Apóstata.

Otro hecho que llama la atención es el orden "sui generis" que sigue el autor en su exposición histórica. Cuando se trata de filosofía antigua este orden es cronológico y el lector podría esperar que en lo demás se continuara así. Pero he aquí que, al llegar a la filosofía cristiana, Buenaventura y San Alberto Magno, que son del siglo XIII, vienen antes que San Agustín, que es del siglo IV; en la filosofía mo-

derna después de Kant viene Nietzsche y después de Nietzsche, recién aparecen Fichte, Schelling, Hegel, Feuerbach; más adelante llegan Schopenhauer y Augusto Comte.

Esta tendencia al anacronismo se concreta en frases como ésta: "Otra forma de filosofía que se dio en la Edad media fue la mística, entre cuyos representantes podemos citar a Meister Eckhart, Jacobo Boehme, etc." (pág. 232). Cualquier manual le dirá al autor que Boehme vivió entre 1575 y 1624 y que es, por tanto, tan medieval como Galileo Galilei.

Otra notoria tendencia de la obra son las lagunas, que a veces parecen casi océanos.

No hay una palabra de toda la Alta y de toda la Baja Edad Media. Entre San Agustín (siglo IV) y San Buenaventura (siglo XIII) parece que hubiera un "horridum vacuum". Pero allí viven precisamente alguno de los pensadores más importantes del Medioevo: Escoto Eriúgena, Anselmo de Canterbury, Pedro Abelardo. Tampoco hay nada entre Santo Tomás (siglo XIII) y el Renacimiento, sino una levísima referencia al problema de los universales que, según el autor parece creer, se planteó recién después de Santo Tomás; ni tampoco sobre los contemporáneos de éste. Roger Bacon, Duns Escoto, Guillermo de Ockham, Meister Eckhart no merecen ni una ligerísima noticia. Nada se diga de la filosofía árabe o judía: Averroes, Avicena, Alfarabi, Algazali, Maímónides ni siquiera son nombrados.

En lo que toca a la filosofía moderna extraña la exclusión de nombres como los de Malebranche, Herbart, Herder, Vico, Lotze y otros que no son, por cierto, pensadores de segundo orden. Nada digamos del Renacimiento, dentro del cual se estudia a Newton, que vivió en los siglos XVII y XVIII, pero no a Campanella, o de la filosofía contemporánea, donde no se explica nada de Carnap, Reichenbach, Russell, Alexander, Whitehead, Santayana, Bradley, Bosanquet, Colingwood, Royce, Simmel, el neorealismo, el realismo crítico, la neoescolástica, Berdiaev, Sartre, Lavelle, Blondel, Klages, Marcel, Ortega y Gasset, Unamuno, Jaspers, Schweitzer, Buber, Toynbee etc.

Hay frases incomprensibles. Por ejemplo: "Cree (Comte) en un *estatismo* social en toda su organización, independiente de las leyes del progreso" (p. 299); "Lo *absurdo* para Schelling es la unidad viviente, espiritual, dentro de la cual están en germen todas las diversidades que conocemos en el mundo" (p. 287), etc. Hay frases históricamente muy dudosas: "Otra de las variantes del idealismo es el pragmatismo" (p. 302).

Todos saben que el pragmatismo es reacción contra el idealismo hegeliano y se vincula históricamente al positivismo y al empirismo, por un lado; al irracionalismo, por el otro.

Hay, en fin, afirmaciones que sólo pueden atribuirse a una falta de información elemental, como aquella según la cual Gentile, "discípulo" de Croce, plantea siempre su doctrina en relación con la historia de la filosofía medieval, a la cual se ha dedicado especialmente, según parece. Con esto basta. No creemos necesario extendernos a la primera y segunda parte de la obra.

El libro nos parece más que superfluo, nocivo; destinado a confundir y no a esclarecer, pese a lo que diga el prologuista Luis M. de Cádiz (a quien conocemos, por otra parte, a través de algunos útiles trabajos sobre la patristica griega).

Angel J. Cappelletti

La esclavitud en Hispanoamérica, por ROLANDO MELLAPE. Buenos Aires, EUDEBA, 1964. 101 p.

En las últimas décadas la historiografía hispanoamericana muestra un creciente interés por lo económico y social. El antiguo enfoque político-militar o político-institucional, a menudo concretado en forma biográfica, es sustituido cada vez más por un análisis de los movimientos sociales, del desarrollo étnico y religioso, de la dinámica demográfica del pasado. En la Argentina de hoy se pueden mencionar como ejemplos los trabajos de S. Bagú sobre estratificación, los de B. Lewin sobre las rebeliones indígenas del Alto Perú y sobre la Inquisición, los de Ortiz sobre historia económica, los de Gori sobre inmigración y colonización agraria etc., y, para circunscribirnos al ámbito de nuestra Universidad del Litoral, el volumen colectivo que, bajo la dirección de N. Sánchez Albornoz, acaba de publicar el Instituto de Investigaciones históricas sobre historia demográfica y económica.

El tema de la esclavitud en Hispanoamérica, tema fundamental puesto que implica un estudio de la estructura socioeconómica del período colonial, ha sido abordado por no pocos historiadores actuales. En la Argentina hay que mencionar en especial el trabajo de Elena F. S. de Studer (*La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* - Bs. As. 1958) y los diversos ensayos sobre los negros rioplatenses de Ricardo Rodríguez Molas.

Una obra de síntesis que abarcara el fenómeno en toda su extensión espacio-temporal no existía, y a llenar esta laguna se dirige este librito de Rolando Mellafe, profesor de Historia Americana en la Universidad de Chile e investigador que ha recorrido los archivos y bibliotecas de América del Sud y del Norte en pos de material para su tema y otros más o menos conexos con el mismo.

La obra se basa en trabajos anteriores del autor, en una vasta bibliografía americana y europea, y en abundantes fuentes impresas y manuscritas. En un reducido número de páginas (apenas exceden la centena) logra dar una idea del origen, consolidación, desarrollo, decadencia y abolición de la esclavitud en estas tierras, así como de sus diversas formas jurídicas, modalidades económicas, sentido comercial, influencia sociológica etc. No podemos discutir, pues, ni la sólida información ni la capacidad sintética del autor. Sin embargo, no deja de inquietarnos su actitud metodológica cuando en la primera página leemos que: "Todo problema histórico deja de serlo en la medida en que es posible encontrar una apreciable cantidad de información acerca de él", con lo cual parece reducir la tarea del historiador a la del archivero o coleccionista de documentos. Podríamos recordarle con Heráclito y Demócrito (para no recurrir al demasiado drástico Benedetto Croce) que la mera erudición no proporciona "entendimiento".

Pero, a pesar de la citada frase, el autor no deja de señalar causas, al menos inmediatas de los hechos que estudia. Para entender tabalmente la esclavitud como fenómeno hispanoamericano será preciso, sin embargo, ahondar además en los valores y los fines de quienes la promovieran, esto es, de los conquistadores, estudiando, por ejemplo, la contradictoria combinación de voluntad de Imperio, sentido de casta y orgullo de raza con anhelo de evangelización y cristianismo apostólico, combinación en la cual, por lo común, la antítesis era sólo la máscara de la tesis y para la cual no hubo, al menos hasta el advenimiento del liberalismo, síntesis alguna.

Angel J. Cappelletti

El filo del futuro, por HOWARD FAST. Buenos Aires, Ed. Mino-
tauro, 1963. 142 p.

Howard Fast, ampliamente conocido como autor de novelas histórico-sociales, se presenta ahora con una colección de cuentos que entran de lleno en lo que habitualmente se denomina "ciencia-ficción".

Que el autor de *La última frontera*, *El americano*, *Los orgullosos y los libres*, *Espartaco*, *La pasión de Sacco y Vanzetti*, *El camino de la libertad*, *La historia de Lola Gregg* etc., apasionado relator de las rebeliones populares, haya publicado un cuento como *Del tiempo y los gatos* en *The Magazine of Fantasy and Science-Fiction*, podrá parecer al lector y aun al crítico superficial una ruptura temática o tal vez un cambio de posición frente a la realidad.

Basta, sin embargo, una atenta lectura de los relatos contenidos en este libro para descubrir las cualidades esenciales de la narrativa anterior de Fast: una gran fe en el hombre y sus posibilidades, unida a una fina y penetrante ironía, capaz de revelar no sólo sus limitaciones sino también sus lacras; un entusiasmo realista y un idealista desencanto frente a la historia; la visión serena de una futura Sociedad sin clases y sin miserias, donde el Hombre, liberado ya del miedo, de la ignorancia y de los prejuicios, viva una vida plenamente humana.

Con esta colección de cuentos la historia pasada (cuyos anales ha recorrido Fast desde la República romana hasta la Norteamérica actual) se hace historia futura; la ciencia aparece, sin duda, como un fundamental factor de transformación; la perspectiva cósmica se entabre sobre el plano de lo social, pero sería evidentemente injusto hablar de una deserción de la antigua militancia o de una fuga ante la realidad presente.

La ciencia-ficción, a la cual ciertos críticos niegan carta de ciudadanía en la república literaria, demuestra en la pluma de Fast, una nueva posibilidad, no desdeñable: la de una historia social del futuro.

Varias veces se ha dicho que la novela policial es en nuestra época lo que la novela de caballería en la Edad Media. Pero nuestra época vive en función de un futuro más o menos próximo y, por eso, la ficción se ve obligada a buscar escenarios en ese futuro que no podemos dejar de imaginar, de sentir, de temer, de amar y de criticar. De ahí el florecimiento del género, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial y de la bomba atómica; de ahí su creciente éxito y su creciente volumen; de ahí su diversificación y el hecho auspicioso de acoger cada día entre sus cultores a nuevos y originales talentos. El género tiene ya sus clásicos, como Ray Bradbury (*Crónicas marcianas*, *El hombre ilustrado*, *Fahrenheit 451*, etc.), tiene sus críticos y antólogos como Judith Merrill; tiene sus apologistas como, entre nosotros, J. L. Borges y tiene, desde luego, sus detractores.

Saber hacer de la ciencia poesía, según lo ha logrado Bradbury, es tarea actualísima y tal vez trascendente; saber asumir a través de ella un compromiso (esto es, hacer "literatura" en el sentido sartreano de la palabra), según lo hace aquí Fast, constituye un ejemplo raro y aleccionador para los escritores "comprometidos" cuyo compromiso suele anquilosar tanto la fantasía como el sentido crítico.

En *Los primeros hombres* antropología y psicopedagogía instalan la fábrica del superhombre. Pero en el relato de Fast, al revés de lo que sucede en el mito nietszcheano, el superhombre, posibilidad biológica de la trascendencia de la especie, no está encarnado en el soberbio soli-

tario sino en la comunidad viviente, que es no sólo comunidad moral y espiritual sino también comunidad psico-fisiológica. Los fenómenos parapsicológicos son considerados como los fenómenos de la super-humanidad, la cual, por otra parte, realiza los ideales de una ética sin límites de prejuicios, basada en la libertad, no coartada por el egoísmo o por el miedo.

En *La hormiga gigante* un escritor de vacaciones aplasta una extraña hormiga que no es hormiga sino quizás un mensajero de otro mundo. Advierte luego que, antes de hacerlo, no lo había observado porque "no se puede ver nada a través de una pantalla de aborrecimiento".

Del tiempo y los gatos, el más anómalo de los siete relatos, trata de la posibilidad de hacer un nudo en el tiempo, con lo cual el autor se une al grupo ya numeroso de los cultores del género que, desde H. G. Wells (*La máquina del tiempo*), han descubierto el tiempo como nueva perspectiva de la aventura humana (Cfr., por ejemplo: Poul Anderson: *El campamento - Minotauro - I - p. 72*).

Con *Catón el marciano* el ciego fanatismo de los Mac Carthy o de sus equivalentes soviéticos es proyectado el planeta Marte, donde al sensato Erdig sólo le queda el consuelo de leer a Mark Twain, frente a los deletéreos discursos del humanicida Catón.

La caja fría, fría es la historia de una gran fortuna amasada por un capitalista implacable. Este, el señor Kovac, que padece de cáncer, se somete a un proceso de congelación para impedir que su mal lo devore: queda así aletargado como un reptil. Todos sus bienes, reunidos en una única compañía, capaz de dominar económicamente el planeta, quedan en manos de un Directorio, el cual los aprovecha para destruir las armas atómicas y establecer una paz duradera en la Humanidad. Esto, sin embargo, tiene un precio: no despertar jamás al Sr. Kovac, aun cuando ya su enfermedad pueda ser curada.

En *La tienda marciana* la ingeniosa ficción de un hombre de negocios que, ayudado por sabios, artistas y otras personas de buena voluntad, instala (en New York, París, Tokio), tres "tiendas marcianas", logra el milagro de unificar por vez primera a la Humanidad.

La visión del Edén, finalmente, nos dice de un grupo de astronautas que, llegados a un remoto planeta, "a la otra orilla del espacio", jardín para los niños de la Galaxia, son expulsados de allí, (esto es, del Paraíso), culpables del pecado de ser como son, mentirosos, supersticiosos, obscenos, sistemáticamente homicidas.

El valor literario de los cuentos es desigual: *La caja fría, fría* es el más ingenioso; *Del tiempo y los gatos* el más fantástico; *Catón el marciano*, el más irónico. *La visión del Edén* y *La hormiga gigante* adolecen de cierto simplismo en la trama. *Los primeros hombres* tiene una más amplia proyección. Todos, sin embargo, están dominados por las mismas ideas fundamentales lo cual confiere una evidente unidad a la colección.

Angel J. Cappelletti

El andamio, por EMMA BARRANDEGUY. Buenos Aires, Instituto Amigos del Libro Argentino, 1964. 79 p.

La autora presenta este libro como una novela. Quizás podría discutirse esta clasificación. Se trata, en realidad, de un relato basado

en los recuerdos que acuden a la memoria de la protagonista en oportunidad de una pasajera dolencia que la obliga a guardar cama.

Dos estilos de vida se enfrentan en el espíritu de la mujer que yace en el lecho en su viejo hogar, siempre acogedor, adonde ha retornado para disfrutar de unos breves días de descanso: el de Buenos Aires, inquieto, arrollador, despiadado, en cierto modo, y el de la provincia, tranquilo, estático, pausado. La capital, en incesante arrastre de ideas, vive en continuo cambio. El pueblo provinciano es profundamente conservador, ama sus tradiciones, se resiste a alterar el ritmo de su existencia, se apega a sus costumbres, a sus viejos ritos, a todo lo que fue.

Si bien la protagonista no habla en primera persona, se adivinan los rasgos autobiográficos en esa lenta evocación del campo entrerriano, del río Gualaguay, de la vida pucblerina de otrora. No son simples recuerdos de infancia y adolescencia reconstruidos a manera de andamio para sostener la narración. Es la confrontación de un pasado intensamente vivido y de un presente acaso indeciso.

La protagonista, perteneciente a la clase media provinciana, la más llena de ataduras, ha debido tropezar con numerosos obstáculos para abrirse paso en la vida. Todos los obstáculos que una mujer encontraba en nuestro país en esos años en que los derechos civiles eran aún ásperamente discutidos y los derechos políticos ni siquiera se concebían. Muchas mujeres se agotaron así en luchas mezquinas, aunque no estériles. De ahí surge, quizás, esa insatisfacción que traduce la cita de una frase de Valery: "La partida está ganada si uno se encuentra digno de su propia aprobación". Ella piensa que eso ya no va a suceder. Pero quien es capaz de enfrentarse con su existencia y analizar sus aciertos y fracasos y mirar cara a cara la realidad ha demostrado haber vivido con autenticidad. Y el logro de una vida auténtica es ya una conquista digna de la aprobación del censor más exigente.

Marta Elena Samatán

¡Haz lo que te digo!, por ROGER COUSINET; *El niño y la familia*, por PAUL OSTERRIETH. Buenos Aires, Editorial Losada, 1964. 95 y 185 p. (Colección "Conocimiento y educación del niño; Libros para padres").

Con muy buen criterio, y siguiendo las huellas de ese infatigable educador que fue Lorenzo Luzuriaga, la Editorial Losada inicia con estas dos publicaciones una colección especialmente destinada a informar e ilustrar a los padres de familia. Hace ya muchos años que Adolfo Ferrière proclamó la imposibilidad de llevar a cabo una amplia reforma educativa si ésta no se apoyaba en la inteligente comprensión del hogar. Mucho se ha hecho para un mejor entendimiento de la escuela y la familia a través de las asociaciones de padres y de maestros. Pero ese esfuerzo no ha sido suficiente. Se impone organizar una verdadera educación sistemática de padres y madres para que puedan desempeñar acertadamente el papel que les corresponde en la tarea de formar la personalidad de sus hijos. Existe un movimiento en ese sentido dentro

del país. No puede afirmarse que esté generalizado, pero se nota una inquietud creciente que se traduce en conferencias, cursillos, charlas. En la ciudad de Paraná, por ejemplo, funciona desde hace tiempo una escuela de padres que ha desarrollado una intensa actividad a pesar de los pocos recursos con que cuenta.

Roger Cousinet es suficientemente conocido en nuestros medios docentes por su larga labor de renovación de la escuela francesa. Su libro es ameno y sencillo. Se trata de consejos prácticos que la mayoría de las madres pueden entender sin mayor dificultad. Su lectura será altamente beneficiosa para cualquier clase de padres, aun para los que se consideran por encima de esos pequeños problemas que Cousinet plantea con tanta agudeza.

La obra de Paul Osterrieth, sin ser inaccesible, tiene un carácter más sistemático que exige para su comprensión ciertos conocimientos básicos de pedagogía y psicología. Es un libro que desarrolla ampliamente la situación del niño dentro de la familia, analizando minuciosamente las distintas situaciones que pueden producirse. Será de enorme utilidad para los maestros, especialmente para los que tengan a su cargo la ilustración de los padres.

Insistimos en la necesidad de crear esas escuelas para padres donde éstos reciban una orientación adecuada que los ponga en condiciones de comprender la importancia de la tarea educativa que les incumbe. Al florecer esas instituciones se destacará el inmenso valor pedagógico de la colección iniciada por la Editorial Losada. Las primeras obras constituyen un verdadero acierto digno de ser destacado.

Marta Elena Samatán

La obra poética de Francisco Luis Bernárdez, por ANGÉLICA B. LACUNZA, Buenos Aires, Huemul, 1964. 236 p.

Angélica B. Lacunza realiza en este libro un concienzudo análisis de la poesía de Francisco Luis Bernárdez.

Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la profesora Lacunza está adscripta a un grupo de investigadores que publica asiduamente y colabora en revistas especializadas con el propósito de divulgar y escudriñar nuestra literatura contemporánea.

La personalidad de Bernárdez, vista desde un ángulo casi exclusivamente estilístico —otra no es la intencionalidad—, desfila agudamente analizada a través de sus libros principales.

Ubicado, rápidamente, en su inicial lírica con *Orto*, *Bazar* y *Kindergarten*, ya se señalan algunas fuentes con la de Teixeira de Pascoaes, que signarán de algún modo su labor futura.

La exégesis de *Alcándara*, etapa decididamente ultraísta es quizá, sino la más exhaustiva, la más profunda. Aquí se estudian los antecedentes en las revistas literarias, los recursos, las claves, las metáforas, las huellas y la estructura global del libro.

El Buque es la obra de Bernárdez al que más esfuerzo le ha sido dedicado. Es por otra parte, la más orgánica y definidora. La señorita

Lacunza puntualiza con minucia crítica —aquí engarzada en una mayor amplitud conceptual— la línea religiosa ascendente y la ilustre tutela de Fray Luis, San Juan de la Cruz y Garcilaso.

Nada de la obra de Bernárdez ha quedado fuera, aunque notamos una estructura irregular en los análisis que se escatiman a obras fundamentales como *Cielo de Tierra* y *La Ciudad sin Laura*. Es quizá ésta la única salvedad que haríamos a un trabajo de real importancia, con aciertos ejemplares como el estudio de la métrica de Bernárdez.

El libro ha sido documentado con una prolija bibliografía general y especial, útil incluso para otros trabajos de índole semejante.

Con este ensayo, que ha merecido los auspicios del Fondo Nacional de las Artes, Angélica B. Lacunza inaugura una trayectoria que, no dudamos, enriquecerá la bibliografía de nuestras letras.

Julieta H. Queblecn

Orígenes de la Filosofía de la Historia, por JOSÉ GAOS. Xalapa, México, Universidad Veracruzana, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 1960. 262 p.

En un volumen pulcramente editado, reitera Gaos su preocupación por los problemas de la Filosofía de la Historia en momentos en que la temática de las interrelaciones entre Filosofía e Historia reaviva su interés, como ocurre en toda etapa crítica.

Reitera, decía, porque el autor entregó ya dos volúmenes sobre asuntos afines: "Discurso de Filosofía" y "Orígenes de la Filosofía y de su Historia". Sin duda, el eminente filósofo y greicicista, profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, afronta una tarea de ahondamiento de alto nivel, pues son poco frecuentados los textos clásicos en procura de indicios de la Filosofía de la Historia, tanto Heródoto, como Platón y Aristóteles mismo. Inclusive tampoco el autor incursión en todos los diálogos debidos a la pluma del filósofo de la Academia que también traen sugerencias al problema del origen del filosofar y de la historia. Pero de todos modos retoma el Sofista y la Metafísica, de cuyos contextos extrae interesantes aportes, no tanto en el plano problemático del acontecer histórico, su sentido y destino, su esencia y trayectoria, como en el plano del origen del filosofar y la historia. En fin, ese urgar en torno a lo que Ortega llamó "meta-historia", no es desde luego ni en Herodoto ni en Platón ni en el mismo Aristóteles, aún realizado con conciencia de su radical problematización, pero es ya inicio, y se ven allí ya la lucha entre el momento mítico y el momento racional, entre la explicación trascendente y divina y la puramente immanente y humana. Indudablemente todo se mueve aún en un plano simbólico que hay que desentrañar.

Y esa es la tarea que realiza Gaos airoosamente, y tras los textos, postula que la filosofía y la historia nacen en el mismo instante, son hermanas gemelas. La historia, es como la filosofía, "conciencia expresa del sentido de lo humano como instable" (pág. 21). Y así como buscamos los orígenes de la filosofía en el afán de saber, un tanto envuelto por ratos, en los velos de la leyenda, para despejar el sentido de vida,

la historia quiere arrancar los aconteceres de la muerte definitiva y conservarlos en la memoria, para que "los hechos de los hombres no desaparezcan" en el tiempo. (pág. 30). El instrumento, siempre la palabra —oral o escrita—, que transmite los saberes y los hechos a los descendientes. Así viajar en el tiempo y en el espacio y viajar para ver, filo-sofando (Herodoto), como hacemos historia para recordar y seguir viendo lo ya sido, identifica historia con filosofía en sus raíces, en su génesis. También se puede ver y viajar, por lo tanto, asistiendo interiormente al desfile de las teorías. Ese viajar hacia fuera o hacia adentro ocupa las finas reflexiones de la primera parte que prepara la segunda, donde muestra que sólo se separó historia de filosofía en la edad sofista, donde se muestra con Platón, a poco andar, la sinopsis antitética de los tipos eternos, ideales, mientras Aristóteles va revisando como de los que teologizan pasamos a los que filosofan y buscan las cuatro causas: material, formal, eficiente y final. Esa revista histórica es el inicio de una visión más histórica y filosófica, sin que podamos medir cuantitativamente cuál es más historiador o filósofo. Es menester someterlos a un análisis cualitativo, compulsar diferencias y coincidencias.

Antes de entrar al análisis de los contextos clásicos, Gaos sienta una verdad compartida por muchos: Cuando la Historia de la Filosofía pasó de manos de los filósofos a la de los historiadores, se marcó una decadencia, por los simples doxógrafos y los cronólogos no hicieron otra cosa. Sólo en la Edad Moderna y en la actual es ya axiomático que el Historiador de la filosofía debe ser filósofo. Y sino hay que pensar en Hegel, Windelband, y hoy en de Ruggiero, Sciacca, Abbagnano, Lamanna, Julian Marías y algunos pocos más.

En fin. Se trata de una obra de ahondamiento y de singular relieve que prestará señalados servicios a los estudios filosófico-históricos de la Filosofía.

Celia Ortiz de Montoya

Coriolano Alberini, por DIEGO PRÓ. Valle de los Huarpes, Mendoza. Edic. Imprenta López, Buenos Aires, 1960. 541 p.

Con marcada penetración y alto espíritu, trata el autor en las tres partes de su obra, la estampa señora del filósofo argentino Coriolano Alberini. Hay vida y calor a lo largo de su luminosa existencia. El influjo plasmador que a la juventud llega, cual fermento espiritual, se irradia en torno a su persona en los últimos treinta años. Las altas casas de estudio que lo contaron, ya entre el cuerpo de profesores, en los Consejos Directivos o el ejercicio del Rectorado, sintieron en su seno el impulso de su dinamismo transformador. Buenos Aires y La Plata, vieron cómo en el quehacer cultural era de los pioneros, promoviendo los estudios filosóficos y humanísticos en gran forma.

El innegable vigor y frescura de inteligencia privilegiada, aqueja su "categoría claridad" reconocida y proclamada por propios y extraños, la vivacidad de sus inolvidables lecciones, elocuentes y enjundiosas, y por momentos volterianas por la agudeza de la crítica, va

surgiendo nítidamente a través de las quinientas cuarenta y una páginas. Todos los que tuvimos el raro privilegio de escucharlo en su magistral clase de "Introducción a la Filosofía" en La Plata, en 1920, bien sabemos cuán lograda y fiel es la imagen que emerge de estas páginas, merced a las pinceladas no menos decisivas del biógrafo. Con ellas se renueva el incomparable placer que en el sitio de alumnos nos tocada vivir en aquellas siempre inolvidadas horas idas.

Y no sólo la trayectoria vital queda rediviva. Con palpitación vivenciada y afectividad donde la veneración se asoma, queda también trazada la totalidad de la escena histórica, donde se mueve Alberini con las otras figuras gemelas en la relevancia y la genialidad, como Alejandro Korn y Ricardo Rojas, que le precedieron en la gran tarea de renovar el clima enrarecido entre 1918 y 1943, en Argentina entera, por influjo directo o indirecto, a través de sus discípulos y publicaciones.

A veces guía la pluma el documento inédito, otras, la carta amiga, las palabras vertidas en memorias oficiales u homenajes, jornadas filosóficas, congresos. Todo lo que permite arrojar luz en el hondón del alma, en los aconteceres, aún episódicos de significación, para mostrarnos desde dentro de los protagonistas las ideas guías, las luchas y desazones que padecieron aquellos hombres insignes, para transformar la ruda realidad según las demandas culturales de la época en que les tocó actuar. Merced a esa devota reconstrucción, va surgiendo ante los ojos del lector "todo lo que alentaron a su alrededor con imperiosa vitalidad", como dice Diego Prá, en su plausible intento de entregarnos las huellas de aquellas figuras argentinas. Y es allí donde radica, en mi entender, uno de los máximos valores de la obra, pues permite tocar los hilos secretos que movieron los gestores de nuestra evolución cultural, en estas densas y ágiles páginas.

Evidentemente, el desarrollo de la Universidad de Buenos Aires y especialmente de la Facultad de Filosofía y Letras, objeto de estudio en la primera parte, había nacido desguarnecida y sobre todo la última en medio de prejuicios que la minusvaloraban. Pero desde 1918 comienza su etapa de rápido desenvolvimiento, para estupor de quienes sólo vieron en ella una "proliferación maligna". Precisamente, fue el sólo vivificante de esas tres mentes preclaras que se sucedieron en el Decanato de Filosofía y Letras —Alejandro Korn, Ricardo Rojas y Coriolano Alberini— los que reestructuraron la pobre y limitada facultad y la pusieron en consonancia con las voces de los tiempos nuevos. Dotáronla de nuevos institutos de investigación filosófica, estilística, lingüística, didáctica y pedagógica; geográfica, etnográfica, histórica, indigenista, etc., e incrementaron las publicaciones y repositorios bibliográficos, que le dieron rango nacional e internacional.

Bastaría el cuadro histórico para que el aporte de la obra comentada alcanzara rango indiscutido, pues no pocos ignoran todavía cuáles fueron las razones de fondo que exigieron la renovación que se inicia hacia 1916, para superar el positivismo estancado, sin impulso de renovación, mecanicista y despersonalizador, que no podía estimular las fuerzas creadoras y todavía añoran quizás un poco utópicamente, la no detención de la historia en aquella etapa, como si pudiera detenerse el ritmo vital de diástole después de la sístole. ¿Puede el decurso histórico detenerse o volver hacia atrás?

Y ese impulso de renovación del aire positivista enrarecido y dogmatizado casi, pudimos palparlo los que asistimos a aquella primera

clase alberiniana de Introducción a la Filosofía, pues fue algo así como una racha de oxígeno crítico penetrando en las aulas, y que venía a fortalecer las demandas ya acusadas en las polémicas acaloradas en las clases, especialmente en las de Ética, por esa demanda juvenil de rechazar el determinismo lombrosiano aún en el campo de los seres normales con ansias y aspiraciones de libertad. Y Alberini, fue en la cátedra, un rotundo y elocuentísimo alegato contra la preeminencia de lo material sobre lo espiritual, de las leyes mecánicas dominantes sobre la libre determinabilidad de la voluntad.

No menos vigorosas y valederas en su función conductora, las páginas biográficas de la obra. Persiguen cada recodo del itinerario vital del maestro, desde la cuna humildísima hasta los grandes triunfos y distinciones en el país y en el extranjero. Estados Unidos, Roma, París, Alemania, con sus hombres más encumbrados en la ciencia y la filosofía, dialogando con el protagonista y escuchando con elogio sus lecciones, colmándolo de agasajos, instituciones y particulares. Hay sustancia para la meditación aleccionadora. Pero en la Tercera parte dedicado al análisis del pensamiento, es donde la encendida llama de inteligencia movida por la intuición simpática penetradora del autor, escarpelo en mano a veces, cala con hondura y objetividad el meollo metafísico, axiológico y epistemológico del tridecano-filósofo. Es allí donde la envergadura de la obra, cobra toda su dimensión de profundidad y singularísima originalidad. Difícilmente pueda ser superado el fino análisis, precisamente por cuanto el estudio está concretado en los contextos expresos del filósofo y se retoman a cada instante, se puntualizan, se ahondan con objetividad plena. Y siempre, en todo momento, consérvese el sentido problemático que animara a Alberini maestro, tan agudo y agudizado, salpicado aquí y acullá de imágenes rutilantes guadoras, inolvidables. Quedaban pegadas al oído y a la vista, pues siempre tenían ese dinamismo de su espíritu inquieto y escudriñador.

Y por fin, el capítulo "Pensamiento Filosófico Argentino", con el cual se reitera y se ahonda el subsuelo filosófico que informa el haber cultural de nuestros más preclaros hombres, que de alguna manera detentaron el liderazgo en la formación cultural de nuestra patria y contribuyeron a echar luz a los problemas nuestros, sin perder contacto con la civilización de occidente.

Por todos esos vlores, la contribución del "Coriolano Alberini", de Diego Pró, alcanza jerarquía real y señera. Agréguese la edición cuidadosa, las bibliografías, los apéndices con juicios nacionales y extranjeros sobre el filósofo, y se tendrá, un poco, la medida y el significado de esta publicación que no debe faltar en las bibliotecas y repositorios de libros, con mayor razón, cuando como en el presente caso, la edición está enriquecida con una bibliografía completísima que casi llega al centenar, entre artículos, presentaciones, homenajes, obras y discursos, en riguroso orden cronológico.

Celia Ortiz de Montoya

El vuelo del Kakuy, por ROSARIO BELTRÁN NÚÑEZ. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1964. 176 p.

Preponderancia de la trama, de la anécdota, del argumento, sobre el tema, la idea o el mensaje, advertimos en estos cuentos de la es-

critora Rosario Beltrán Núñez, quien, por otra parte, posee una destreza narrativa digna de los mejores profesionales del género. Su libro está dividido en tres partes, reuniendo la primera trece de los veinte cuentos que integran el volumen. En esta primera sección del libro, titulada "De la tierra de los bosques de leyenda", luce Rosario Beltrán Núñez sus mejores atributos; es que el lugar de la acción de estos cuentos —muchos de ellos adaptaciones de leyendas regionales— es la provincia de Santiago del Estero, de donde es oriunda la autora. La segunda y tercera parte llevan como títulos "De la tierra rojiza" y "De la tierra ancha como el cielo", respectivamente, desarrollándose la trama de las breves historias en la provincia de Misiones y en la zona pampeana de nuestro país. Aquí, gracias a su ya mencionada capacidad profesional, la escritora logra, no obstante su evidente menor conocimiento del ámbito físico, no desmerecer la unidad del volumen.

Rosario Beltrán Núñez que publicó su primer libro en 1928, es más conocida en el extranjero que en su país de nacimiento. Casada con un escritor español, ha viajado por América y Europa. Su novela "Raíz India", publicada en 1943, fue traducida al inglés, en los Estados Unidos, hace pocos años, y es utilizada para la enseñanza del castellano en universidades norteamericanas y canadienses. La Agencia Internacional Inter-Prensa la contrató con carácter exclusivo para publicar sus cuentos en todo el mundo. Estas circunstancias —más la segunda que la primera— confirman nuestra apreciación de profesional de las letras de esta escritora compatriota. Rosario Beltrán Núñez escribe para servir a un público. Esto no va en desmedro de su labor, pues, como lo decimos más arriba, lo hace con dignidad. Sobre todo la ambientación de sus cuentos, en especial los de la primera parte, y los caracteres de sus personajes, evidencian autenticidad, son vitales y se leen con gusto. Debemos reprocharle, en cambio, la servidumbre del tema al argumento, lo que hace, por una lógica consecuencia de la falta de equilibrio entre ambos, que sus cuentos, además de resentirse en su estructura, alguna vez dejen de ser verosímiles, detalle muy importante y de ser tenido en cuenta dentro del realismo criollista que cultiva la autora.

Edgardo A. Pesante

Antología de Boedo y Florida. Prólogo y selección, por ADOLFO PRIETO. Universidad Nacional de Córdoba. Colección "El pensamiento argentino. Córdoba, 1964, 173 p.

Después de la primera guerra mundial se conjugaron en el país una serie de circunstancias que propiciaron el desarrollo de una actividad cultural única. La literatura acusó abiertamente la influencia de las ideas que procedentes de Europa marcaron la nueva tónica al evolutivo arte de la expresión. Pero los protagonistas de este suceso del pensamiento parecieron adquirir conciencia de su existencia y eficacia como grupo, y en este sentido se ofrecieron al público a través de manifiestos, revistas y cenáculos donde se reveló la fuerza de una generación que venía a discutir el fenómeno literario con la pujanza

y el brío propios de la juventud y el reconocimiento del propio valer.

Con dos nombres topográficos: Florida y Boedo, se designaron las dos tendencias que abrazaron las nuevas promociones: "Florida, calle del ocio distraído, era un buen nombre para acuñar la variedad local del concepto de gratuidad en el arte; Boedo, la calle del tránsito fabril, en un barrio fabril, una excelente bandera para agitar la conciencia de los oprimidos con adecuadas fórmulas de subversión. Florida miraba a Europa y a las novedades estéticas de la post-guerra; Boedo miraba a Rusia y se inflamaba con el sueño de la revolución universal". Así define Adolfo Prieto, el autor del Estudio Preliminar que precede a esta "Antología de Boedo y Florida", la supesta antítesis de las dos corrientes que representaron en su momento los extremos de un pleito literario y social.

Para el prologuista, el grupo de Florida se preocupó sobre todo por aclimatar en nuestro medio el ultraísmo español —que Borges introdujera conjuntamente con su manifiesto de 1921—, pero con el énfasis puesto en el arrabal de Buenos Aires, convertido prontamente en materia poética. La actividad del grupo es la historia de la revista "Martín Fierro", en la que se registraron las más audaces firmas de la vanguardia literaria.

Boedo fue el primer intento conjunto de literatura social en el país. La revista "Los Pensadores", después "Claridad", nucleó a los integrantes del grupo, y su intención era denunciar las miserias de este mundo, a la vez que cantar las virtudes de los humildes y explotados. "Pero la denuncia raras veces se constituyó en un análisis profundo de las causas que hacían al mundo intolerable y el lirismo no sobrepasó los límites de una piedad decididamente mitigadora".

Anota Prieto que se dio el contrasentido de una doble colaboración de varios escritores en "Martín Fierro" y "Claridad", y las fluctuaciones de algunos que como Roberto Mariani, el autor de "Cuentos de la oficina", describiera las angustias del proletariado y a la vez se propusiera difundir a Proust. Y encuentra en la falta del apoyo de una fuerza política y en el mosaico ideológico que constituían sus representantes, algunas de las razones que podrían fundamentar estas contradicciones.

En la selección que también ha realizado Adolfo Prieto, el criterio estético se ha subordinado al histórico, "con el objeto de permitir al lector una confrontación de las tendencias antagónicas en to que ambas tuvieron de auténticamente representativo".

La primera parte de la Antología reúne a Roberto Mariani, Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta, Clara Beter (César Tiempo), Gustavo Riccio y Alvaro Yunque, en representación de Boedo. En la tercera se agrupa a Oliverio Girondo, Eduardo González Lanuza, Jacobo Fijman, Norah Lange, Leopoldo Marechal, Ricardo E. Molinari y Jorge Luis Borges, descollantes figuras de Florida. Y fluctuando entre las dos tendencias, Nicolás Olivari y Raúl González Tuñón. Para la prosa ha escogido fragmentos de "Cuentos de la oficina" de Roberto Mariani, "Tinieblas" de Elías Castelnuovo, y, "Royal Circo" de Leónidas Barletta. El resto de la antología está dedicado a la poesía, con páginas de "Versos de una..." de César Tiempo; "Un poeta en la ciudad" de Gustavo Riccio; "Versos de la calle", "5 Poemas" y "Nudo corre-dizo" de Alvaro Yunque; "La amada infiel", "La musa de la mala pata" y "El gato escaldado" de Nicolás Olivari; "El violín del diablo" de Raúl González Tuñón; "20 Poemas para ser leídos en el tran-

vía" y "Calcomanías" de Oliverio Girondo; "Prismas" de Eduardo González Lanuza; "Molino Rojo" de Jacobo Fijman; "La calle de la tarde" de Norah Lange; "Días como flechas" de Leopoldo Marechal; "El imaginero" de Ricardo E. Molinari; "Fervor de Buenos Aires", "Luna de enfrente" y "Cuaderno San Martín" de Jorge Luis Borges.

La representatividad de los autores y la acertada selección de sus trabajos configuran la importancia de la Antología, que suscitará a nuestro juicio una favorable acogida en el público lector por el renovado interés que ofrece esta lírica, clásica ya en la literatura argentina.

Iris Estela Longo

Sombras en el sol, por GOLDE GUTMAN KRIMER. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1964. 240 p.

Golde Gutman Krimer nació en Rusia, donde asistió a la primera guerra mundial y a la revolución, y viajó después a la Argentina. Su producción literaria comprende trece títulos, entre ellos "Mi pueblo Cedinetz", "Años de guerra" y "Besaravia".

Del idisch ha traducido David S. Azari "Sombras en el sol", cuya acción transcurre sucesivamente en Rusia, Buenos Aires y Río de Janeiro.

Las desventuras de la protagonista han sido relatadas prolijamente en las solapas del libro, circunstancia que priva al lector de los placeres del suspenso en lo que respecta al desenlace de los conflictos planteados.

Si bien la construcción de la obra es lineal y sin sorpresas, no carece de interés el nudo argumental: una muchacha con exquisitas virtudes que desciende a una vida abyecta sin perder su pureza de alma. Aunque la autora hace a Dinita, la heroína de "Sombras en el sol", una víctima de seres depravados y de los azares ingratos de su existencia, a quien lee le resulta difícil componer al final del relato un esquema satisfactorio de la personalidad de la joven. Es más: su figura se desdibuja en los contrastes. Cuesta reconocer a la mujercita del pequeño pueblo ruso, encuadrada en un halo de fantasía que le quita humanidad, en la otra mujer de Buenos Aires, con sus temores y caídas tan cercanas a la realidad del ser y a su posibilidad de errar.

La cadena de sufrimientos va agregando eslabones sumergiéndonos en un mundo extraño, no obstante lo familiar de algunos escenarios —un conventillo porteño, verbigracia—, donde todos los personajes están "explicados" de antemano, de manera que sólo resta esperar una sucesión de adversas vicisitudes, sin alivios en la tragedia.

En el estilo, la intención de costumbrismo se deslucen con generalizaciones que disminuyen las posibilidades de ubicación de la anecdota, y el uso reiterado del diminutivo, que habitualmente sugiere ternura, pueriliza la expresión de esta versión castellana.

Iris Estela Longo

La literatura de la independencia hispano-americana (Neoclasicismo y Prerromanticismo), por EMILIO CARILLA. Buenos Aires, Eudeba, 1964. 128 p.

Para Emilio Carilla, las creaciones de la época de la emancipación constituyen un fenómeno cultural que debe estudiarse con cierta independencia de otros momentos de la lírica, si bien reconoce la directa vinculación entre lo político y lo literario, y de ahí el doble título que da a su obra.

Un cuarto de siglo abarca la etapa, con sus límites en las fechas extremas 1800-1830 que fijara Pedro Henríquez Ureña. En la nómina de los protagonistas del suceso, hace una distinción el autor entre "escritores próceres" y "próceres escritores", incluyendo en la segunda denominación a las figuras descolantes en las armas o la política que poseyeron además algunas dotes literarias, como Francisco de Miranda, Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Simón Bolívar o Bernardo Monteagudo.

Destaca Carilla el auge de las publicaciones periodísticas en todas las regiones de América durante los primeros años del siglo XIX, que otorgaron cabida en sus páginas no sólo a lo político-social y militar, sino también a lo literario. Analiza asimismo la dependencia cultural en la época de la Colonia y los afanes por encontrar la "expresión de América" en lo intelectual cuando se produjo la revolución política. Ya en la "Alocución a la poesía" de Andrés Bello hay el anhelo de que la musa descubra las bellezas del paisaje americano. La conciencia de una gran patria sudamericana explicaría las excepcionales actuaciones que fuera de su patria alcanzaron hombres como Heredia, Bello, Miralla, Irisarri o Blanco Encalada, para quienes el vocablo "paisano" tenía una amplitud que no conocía los actuales límites nacionales.

No hubo coincidencia entre el momento político y el literario, ya que en éste se enseñoreó el neoclasicismo que llegó a América desde Europa con retraso. Es sólo en los "Comentarios Reales" del Inca Garcilaso donde la tradición indígena deja de ser un elemento retórico y se constituye en el elemento activo que según muchos propiciara el levantamiento de Túpac Amaru.

La influencia de los escritores españoles, franceses, ingleses, italianos y alemanes, los géneros y los temas que se abordaron tanto en la prosa como en el verso, son estudiados en la obra que nos ocupa. Bello, Olmedo y Heredia en un primer plano y Lizardi, Bartolomé Hidalgo y Mariano Melgar en un "decoroso segundo plano", son para Carilla los exponentes de los caracteres enunciados, y para corroborar su aserto realiza un enjundioso análisis sobre las creaciones de estos escritores que otorgaron nitidos perfiles a esa etapa tan discutida en la historia de nuestras letras.

Editó Eudeba en la Colección Biblioteca de América, Libros del Tiempo Nuevo.

Iris Estela Longo

Prosa y poesía de Guido Spano. Presentación y selección por
FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ. Buenos Aires, Eudeba,
1964. Serie del Siglo y Medio. Ilustración de Oscar Lu-
na. 87 p.

Diecisiete años de edad contaba Fermín Estrella Gutiérrez, el seleccionador y prologuista de esta edición, cuando murió el autor de "Hojas al viento" y "Ecos lejanos". Si a esta circunstancia unimos la admiración del crítico por la obra de Guido Spano, el nuevo título de Eudeba en la Serie del Siglo y Medio cobra un doble atractivo, constituido por la inteligente elección y por un prólogo perfilado de recuerdos, donde la emoción es motivo y fundamento.

Estrella Gutiérrez considera que para juzgar a un poeta con equanimidad, es menester conocer la época en que vivió, su formación cultural, su carácter, su vida en fin. En cambio, la obra sí estima que debe ser valorada con independencia de todos estos factores, ya que "un poema es, a lo largo del tiempo, un hecho poético que el lector o los lectores vivirán —si es de los que merecen este destino— independientemente de lo que fue o es su autor". Y sostiene en acertada imagen, que "o una obra está hecha con materiales nobles y perdurables, o, como las hojas secas que arrastra el otoño, desaparecerá y no será nada".

Al admitir que la poesía nuestra nace con verdadera belleza en el siglo que vivimos, realiza la justa ubicación de un vate como Guido Spano, al que hay que encuadrar dentro de las posibilidades que ofrecían la época y la escuela lírica en auge.

El neto romanticismo de su obra lo hace exponente de una poesía, "sí preterida ya, no exenta, en sus mejores momentos, de valor y belleza". Sin embargo, en la clásica serenidad de estos poemas han sido reconocidos algunos atisbos del modernismo, no solamente en la forma sino en los temas, en los cuales trasunta aquel amor a Francia que se hizo inefable en la musa de Darío.

Guido Spano no publicó ninguna obra con el título de "Autobiografía". Quienes vinieron después llamaron así a la carta —prólogo que precede el primer tomo de "Ráfagas"—, recopilación de artículos de índole muy diversa que fueron apareciendo en distintas fechas en diarios y revistas. En esta carta dice a un amigo que el cuadro de su vida pasará como otros tantos, sin dejar ningún rastro luminoso. El juicio de la posteridad, que muy bien ha esquematizado el prologuista, no coincide con su adversa premonición: "Fue un poeta hondamente argentino, y en algunas de sus composiciones, universal, que es lo más que se puede decir de un poeta".

Iris Estela Longo

Del Gobierno de los Príncipes, por SANTO TOMÁS DE AQUINO.
Buenos Aires, Losada, 1964. 261 p.

En la *Biblioteca Filosófica* que fundara el llorado Francisco Romero, acaba de publicar Losada la nueva edición que ha preparado el

R. P. Ismael Quiles, S. J., de la vieja traducción que del *De regimine principum* de Santo Tomás hizo en el siglo XVII Don Alonso Ordóñez das Seyjas y Tobar.

En la breve *Introducción* que le antepone, dice el P. Quiles "que no existe, que sepamos, ninguna moderna edición en castellano" de esta obra del Aquinatense. Nosotros solemos manejar la no tan antigua y, desde luego, excelente (que compramos, siendo estudiantes, ¡por dos pesetas!) de Don León Carbonero y Sol, Conde de Sol, publicada con autorización de sus señoras hijas y herederas y un *Prólogo* de Antolín Monescillo, en Madrid, el año 1.917.

Pero nos parece un acierto volver a publicar en castellano el opúsculo de Santo Tomás, para su mayor difusión y mejor conocimiento, y hacerlo sobre la base de una versión clásica, que el traductor dedicó al entonces todopoderoso Olivares.

Por supuesto, nunca hemos visto esta traducción en su edición original. Simplemente, sabíamos de ella por el documentadísimo Cejador, según el cual se publica en Madrid, el año 1.625 (Cejador y Frauca, Julio: *Historia de la Lengua y Literatura castellana*. Madrid, 1.915-22. 14 vols. Cfr. tomo V (1.916), pág. 43. Además de *De regimine principum*, Ordóñez das Seyjas traduce *La Poética*, de Aristóteles, Madrid, 1.626). Quiles cita al respecto, en cambio, el año 1.624. Sin poder nosotros deshacer la confusión, mas teniendo en cuenta, por un lado, que la aludida dedicatoria está fechada en los últimos días de 1.624 y, por otro, la autoridad de Cejador, nos inclinamos por la fecha que da éste. Aunque preparada el año anterior, habría de aparecer en 1.625.

Sea, sin embargo, de ello lo que quiera, lo importante es que, con la nueva edición del librito de Santo Tomás, ha de refrescarse y como si dijéramos ponerse de nuevo sobre el tapete su doctrina política. Pues si sabido es que del conjunto de la obra sólo pertenecen al Aquinate el libro I y los cuatro primeros capítulos del II (Grabmann, Martín: *Filosofía medieval*. Traducción de Salvador Minguijón. Barcelona, Labor, 1.928. Cfr. pág. 94. Gredt, Josephus (O. S. B.): *Elementa philosophiae aristotelico-thomisticae*. Editio octava recognita. Barcelona, Herder, 1.946. 2 vols. Cfr. tomo I, pág. 6), es lo cierto que en dicha parte está el núcleo propiamente filosófico de tal doctrina.

Hay en ella una indudable influencia aristotélica, combinada con el manejo de los textos bíblicos y el impacto de problemas y preocupaciones de la época.

A guisa de apéndice, el P. Quiles añade al volumen unos cuantos capítulos del libro tercero de la *Suma contra los gentiles*, traducidos directamente por María Mercedes Bergadá y anotados por él. Siendo de agradecer, no se alcanza la congruencia de los mismos con el *De regimine*, como no sea la general del sistema.

Edición excelente.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

Qué es la ontología, por JUAN ADOLFO VÁZQUEZ. Buenos Aires, Editorial Columba (Colección Esquemas, 59), 1.964. 62 p.

Toda investigación de carácter ontológico es indudable que desde su inicio tropieza con la capital dificultad de que su objeto —el Ser—

“gusta de esconderse” —podríamos decir glosando un célebre fragmento del viejo Heráclito— en el conjunto de los entes. De aquí, la peculiaridad de la Ontología respecto a cualquier otra ciencia o disciplina del saber humano, en cuanto, a diferencia de todas ellas, ha de determinar, lo primero y como cometido principal, su propio objeto, y que, así, más que un cuerpo de conocimientos sea siempre ese “saber que se busca”, como la llamaba Aristóteles.

En esta búsqueda de su propio objeto y, por ende, de sí misma, el profesor Vázquez caracteriza en sendos capítulos diversas concepciones de la Ontología, o mejor, la comprensión de la Ontología desde diversas concepciones del mundo y de la vida, con lo cual traza —es la verdad— una rica síntesis de su historia, para concluir que, en su aspiración a lo Absoluto, “ni en sus mejores momentos ha podido ser algo más que un humilde ensayo de expresar con palabras vigentes en la sociedad a que se dirigía el resultado de una experiencia metafísico-religiosa excepcional” y que, habiéndose perdido en nuestra sociedad “el sentido de lo sagrado”, “la Ontología —no el ser, sino su búsqueda, comunicación y profecía— ya no es fruta de la estación”.

La vinculación que en este trabajo se establece entre Ontología y experiencia religiosa, aunque comprensible, quizá no deje de ser discutible y hasta es posible que no se advierta en todos los momentos de su exposición histórica; mas, identificándose o no con todo lo sostenido en la obra, no se puede dudar de la alta calidad de ésta, como corresponde a la relevante personalidad del autor. Por sus características, la juzgamos más encaminada a quien posea alguna orientación en materia filosófica, que a quienes precisen que les introduzcan en ella.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

Pinturas en el Litoral. Herrero Miranda, Supisiche, Uriarte, por ROSA MARÍA RAVERA. Paraná, Facultad de Ciencias de la Educación (Cuadernos de Difusión 6), s/f. 63 p. 9 ilustr.

El litoral conforma una región de nuestro país definida por caracteres muy especiales. Cruzada por el Paraná y regada por ríos, arroyos y lagunas, la vasta llanura litoralense se manifiesta individualizada no sólo por su particular fisonomía física, sino también por la presencia de un arte y una literatura que, abrevando en la realidad de su contorno, trasciende al plano estético. Y si en la narrativa Mateo Booz, Diego Oxley y Luis Gudiño Kramer son, entre otros, auténticas expresiones del paisaje y el hombre litoral, en pintura puede señalarse toda una tradición en cuanto a la aprehensión de lo esencialmente regional para la concreción de un mensaje plástico de inconfundible acento.

Rosa María Ravera se ocupa en este ensayo de tres artistas que, por caminos muy personales y dueños de una técnica pictórica de indudable vigencia contemporánea, son exponentes de un quehacer coincidente en cuanto a la exaltación de los valores naturales y humanos de la región: Oscar Herrero Miranda, Ricardo Supisiche y Carlos Enrique Uriarte.

Con agudeza crítica penetra en la obra de estos tres plásticos y desentraña el contenido vital de una pintura que no busca la mera representación, sino que anhela configurar un testimonio que surge espontáneo frente a circunstancias sentidas como hombre por cada uno de ellos en el cotidiano convivir. Analiza la trayectoria de los tres artistas santafesinos, ahondando en la intención estética que los anima en la recreación de un mundo en el que están inmersos, y de cuyas circunstancias geográficas y sociales buscan ser intérpretes, sin sujeción, empero, a límites estables ni preconcebidos conscientemente, pues tanto en Herrero Miranda, como en Supisiche y Uriarte, se da un proceso creador que Rosa María Ravera señala nitidamente a través de este estudio, que viene a significar un aporte importantísimo para el conocimiento del arte argentino contemporáneo.

E. R. S.

RESEÑAS INFORMATIVAS

Pequeña historia de las grandes doctrinas literarias en Francia, por PHILIPPE VAN TIEGHEM. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1963. 193 p.

Cuatro siglos de doctrinas literarias en Francia abarca este meduloso trabajo de Philippe van Tieghem, quien señala con claridad las características de cada movimiento en confrontación con lo tradicional. El volumen consta de cuatro partes: 1) Hacia un humanismo clásico (1550-1675); 2) Tradición y novedades (1675-1789); 3) Las teorías románticas (1800-1850); y 4) Realismo, simbolismo y surrealismo (1850-1930).

Comunicación y cultura de masas, por ANTONIO PASQUALI. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964. 309 p.

El autor de esta obra es profesor de Ética de la Universidad Central de Venezuela y ha dedicado preferente atención a un tema de tanta actualidad como el que estudia en este valioso aporte.

En el primer capítulo trata sobre la teoría de la comunicación y las implicancias sociológicas entre información y cultura de masas. En los siguientes se ocupa de estos problemas referidos a su país, con gran acopio de datos estadísticos y experiencias realizadas.

Más allá de mañana, por CELIA DE DIEGO. Buenos Aires, Seijas y Goyanarte, 1964. 128 p.

Dice la autora, en las palabras liminares, que "ficción y realidad se entrelazan" en esta obra, cuyo desarrollo comienza durante las invasiones inglesas y exalta los amores de Ana Perichon de Vandeuil con don Santiago de Liniers. Es una pieza en dos actos, divididos en seis cuadros y un epílogo, escrita con soltura y calidad literaria, en la que la línea histórica no impide que la acción fluya libremente y mantenga su interés dramático.

Juancito y sus amigos, por MARCELA RIGHINI. Buenos Aires, Instituto del Libro Argentino, 1964. 109 p. Ilust. de Antonio Berni.

El mundo maravillosamente ingenuo pero profundamente perspicaz a veces de la infancia, plasmado en cada uno de estos breves relatos, trasuntan una ternura que conmueve por la levedad de su contenido.

El ser en la filosofía de Heidegger, por RAÚL ECHAURI. Rosario, Instituto de Filosofía, 1964. 173 p.

El autor es actualmente profesor en la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná y realizó como becario estudios en la Universidad de Friburgo (Alemania). En esta obra estudia el problema del ser en Heidegger y trata de confrontar las ideas del filósofo alemán con las sustentadas por Santo Tomás.

La defensa de Paysandú, por FRANCISCO R. PINTOS. Montevideo, Aquí Poesía (Serie Testimonio), 1964. 48 p.

El periodista e historiador uruguayo Francisco R. Pintos trata en este pequeño volumen el tema de la heroica resistencia de Paysandú durante los últimos días de 1864, que culminaron con el trágico 2 de enero de 1865, página que ennoblece la historia del país hermano y que exalta el valor de un puñado de uruguayos dispuestos a sucumbir antes que rendirse.

Sobre el Destino, por MARCO TULIO CICERÓN. Introducción, traducción y notas de Angel J. Cappelletti. Rosario, Universidad Nacional del Litoral (Facultad de Filosofía y Letras), 1964. 111 p.

El infatigable catedrático de nuestra Universidad doctor Cappelletti ha traducido el *De fato* de Cicerón, anteponiéndole una *Introducción* muy extensa e interesante y añadiéndole muy copiosas y eruditas notas. Se sirve del texto latino de Albert Von (París, 1944), que reproduce. Ha editado, en muy bello volumen, el Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras rosarina. De gran utilidad para los estudiosos de la Filosofía y del Latín.